

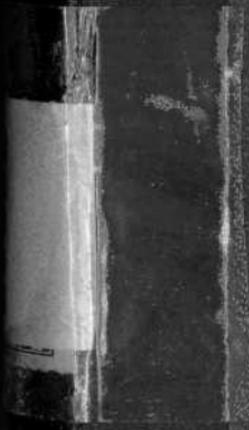
ARTAS

ARTAS

ARTAS

ARTAS

ARTAS

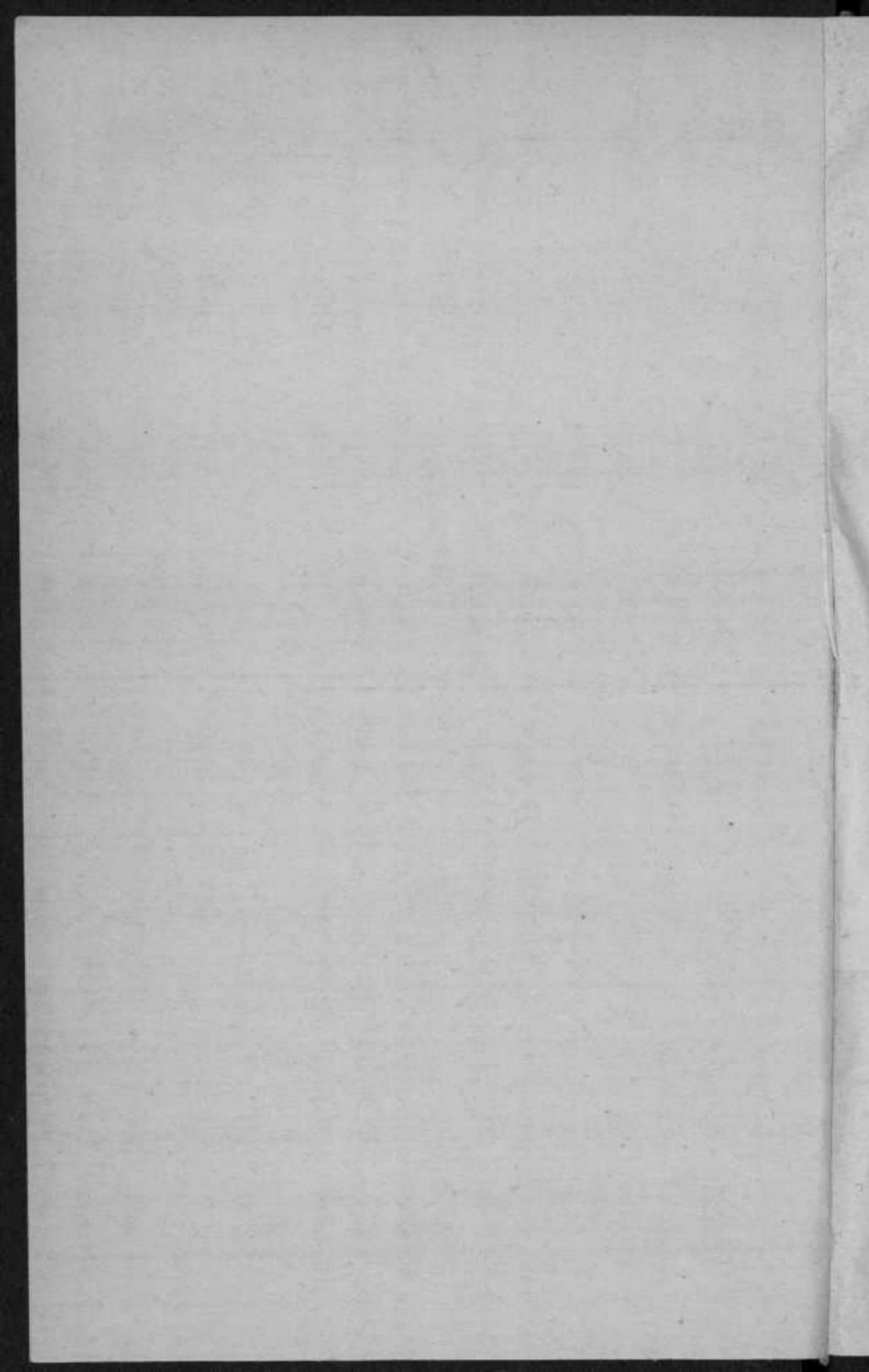


11268

20795

---

92  
193



93  
333

LA VIDA VANA

---

ES PROPIEDAD

---

---

Imprenta de BIBLIOTECA PATRIA.—Rey Heredia, 13  
CÓRDOBA

7e  
= BIBLIOTECA PATRIA =  
DE OBRAS PREMIADAS.-TOMO 129

# LA VIDA VANA

NOVELA ORIGINAL

DE

## SERAFÍN PUERTAS

OBRA LAUREADA CON EL PREMIO

### TERESA BALLESTER

VIUDA DE MARTÍ

\*\*\*

OPICINAS:

CALLE FUENCARRAL, NÚM. 138  
MADRID

B.P. BURGOS
N.R. -----
N.T. 418153
C.B. -----
20592
(4)
-----
-----

*¡Oh, la influencia social de la novela!*

*Es la novela el género literario más apto para la propaganda de las ideas. El novelista preparó no pocas veces las grandes revoluciones de los pueblos. En nuestros días la novela rusa—desgraciadamente extendida por España—había preparado la revolución comunista de aquel imperio, hoy en completa descomposición.*

*La novela española puede ser aquí firme baluarte del derecho cristiano, si los actuales poseedores de la riqueza, en cualquier grado, le prestan su decidido concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lecturas, con sus Bibliotecas PATRIA y de Cultura Popular, levanta en alto esta bandera, y llama a cuantos tienen algo que perder, a cobijarse a su sombra salvadora. ¡Quiera Dios que ninguno de los llamados falte a la cita, para su bien y el de la raza hispano-americana!*

JUAN DE DIOS T. AVISA: (1)

---

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44 45 y 46.

---

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas a la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

# OBRA LAUREADA

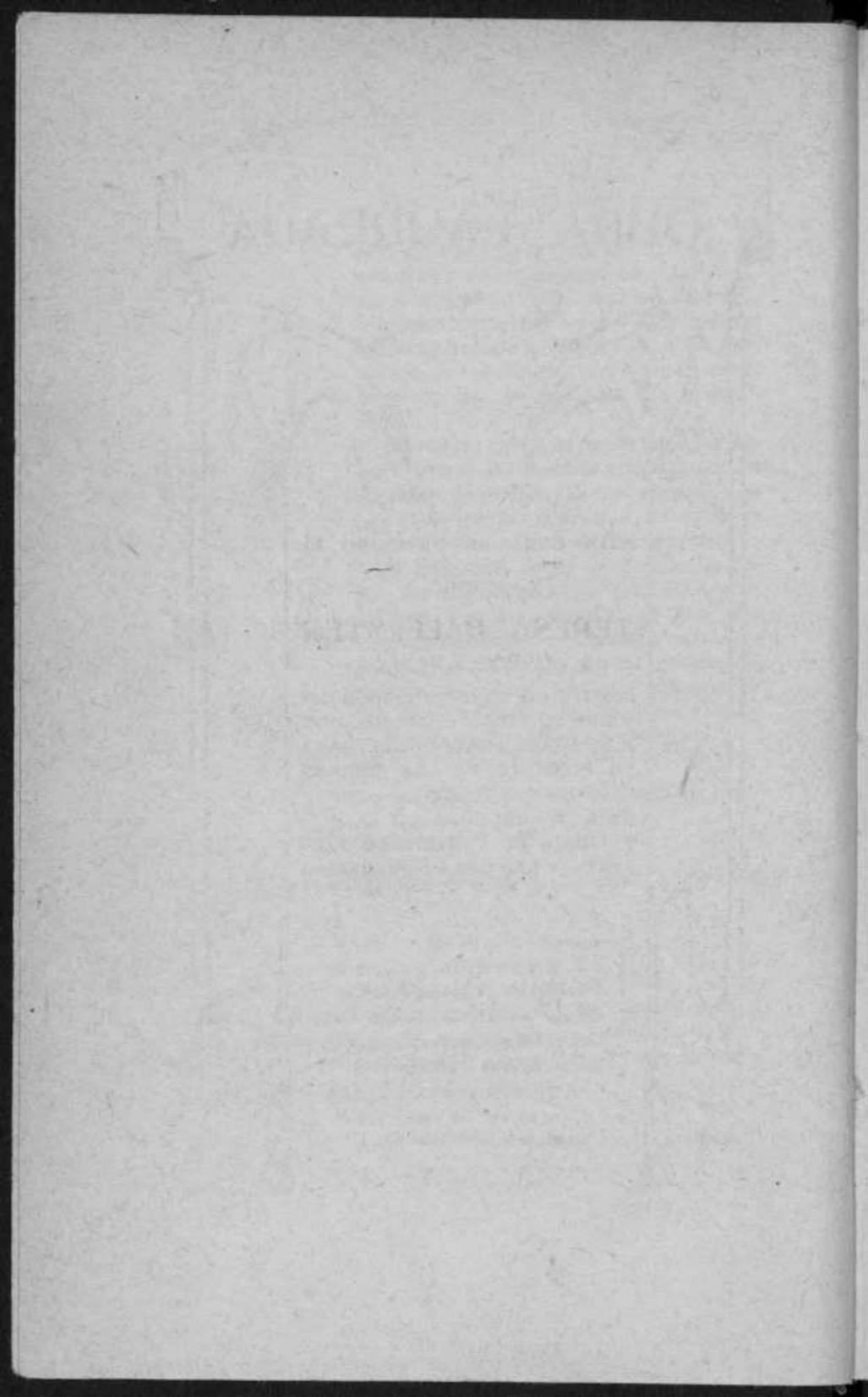
ESTA OBRA HA OBTENIDO EL  
PREMIO

**TERESA BALLESTER**  
VIUDA DE MARTÍ

INSTITUÍDO EN MEMORIA Y HON-  
RA DE SU FINADO ESPOSO, DON  
JOSÉ MARÍA MARTÍ Y COLL, PARA  
EL FOMENTO DE LAS BUENAS  
LECTURAS, POR ESTA NOBILÍ-  
SIMA BIENHECHORA DE LA MO-  
RALIDAD, EL CASTICISMO Y EL  
ARTE EN LAS OBRAS LITERARIAS

*... y lo recordarán, elogián  
y bendecirán, los entendimien-  
tos que su lectura ilumine, los  
corazones que mueva, las almas  
que fortifique y alimente.*

**ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ**  
ARZOBISPO DE TARRAGONA  
(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131)



## PRIMERA PARTE

### I

**O**TRA vez, Paca; esto no está bien... no me gusta. ¿No vé usted qué horroroso este ondeado del pelo sobre la frente, y este rizo tan poco natural...? no cae gracioso, parece pegado con goma a la sien, como si fuera postizo. Ha de poner más cuidado, Paca; antes sí me daba gusto, pero desde un tiempo a esta parte...

La peinadora rectificaba el peinado en silencio obediente.

—Desde un tiempo a esta parte... justo, desde que estás enamorada—pensó la peinadora—, no hay quien te arregle a tu gusto.

Rebuscó pacientemente en su estuche

de peines; escogió entre todos uno de retorcida forma y púas desiguales, y repasó muchas veces el famoso bucle de sobre la frente para darle un leve ondeado. Después la emprendió con el rizado de la sien; le sometió a la tortura de unos hierritos calientes; le hizo pasar varias veces por entre la angostura de complicadas horquillas de múltiples tenazas; y el rizo de tal manipulamiento salió airosamente acaracolado sobre una sien: suelto y natural dentro del artificio de su belleza, como un airón de coquetería, como una sutil cadena de oro para esclavizar corazones... corazones, por supuesto, que se enamorasen de pelo.

—¿Y ahora?—consultó Paca a la señorita por el espejo.

Ahora estaba, como antes, monísima. Paca, entendiéndolo así, la parecía retar a que se encontrase algún defecto en el peinado.—¿Y ahora?

Sobre la deslumbrante blancura del pei-

nador, resaltaba la belleza de la cabeza primorosa de la señorita Herminia: la dorada mata de pelo, arreglada en arquitectura artística, con sabias combinaciones de rizos; ondeados, cocas, trenzados y ahuecamientos, la frente bajo el flequillo, hábilmente encrespado, era una tersura rosada... lo que la afeaba un poco en este instante era un mohín que plegaba su boquita roja en feo fruncimiento; un gesto de niña mimosa, que se pone fea cuando tiene *mañas*.

—No, no me gusta.

La peinadora se quedó consternada; ¿qué no le gustaba? Se dió por vencida y se encogió de hombros, como dando a entender: no sé hacer más.

Las manecitas blancas de Herminia salieron de debajo del peinador para gesticular en el aire un reproche.

—¿Qué no sabe usted más? ¿Entonces qué sabe usted? Váyase, váyase; hoy me arreglaré yo sola... y si sigue usted con

estos desaciertos, prescindiré de usted y me entenderé con otra... váyase.

La doncella rondaba a torno a la señorita; sabiendo ciertamente que a la postre también sobre ella, habían de descargar rayos de aquella tormenta.

Herminia puso sus manos, que la rabia hacía temblorosas, en su peinado... ¡un desastre!, se estropeó el delicado ondeado de sobre la frente; el famoso rizo se deshilachó, roto el sutil artificio de su hechura; y era ya un mechón de pelitos rebeldes a la armonía del conjunto, enroscándose aisladamente, en fea maraña, como una pequeña brocha de estopa.

A Herminia se le saltaron las lágrimas de coraje, y a un brusco movimiento de su brazo, rodaron por el mármol del tocador, haciéndose añicos, pomos y tarritos de esencias y cremas, hubo un cataclismo de botellines rotos, y voces de la señorita, y quejas de la doncella, protestando su inocencia en todo aquello.

—¡Qué desgraciada soy! — murmuró Herminia, dejándose caer en su asiento, en laxitud de nervios, desfallecida de pena.—¡Qué desgraciada soy!

Y era verdad: se sentía desgraciada. En esta vida hay penas para todos los seres. La señorita Herminia Armesto, dechado de belleza, opulenta, hija única, admirada en todos los salones, donde fulgía su hermosura como un sol único, ineclipsable; novia del pollo más codiciado y más elegante; la niña mimada de su casa, donde eran leyes sus caprichos; la traída y llevada en voces de universal lisonja; la buscada y preferida por todas y por todos... pues, sí; se sentía desgraciada, terriblemente apenada por aquel contratiempo de su arreglo matinal.

Porque en este mundo hay penas verdaderas y penas falsas: las penas verdaderas son los remordimientos; las penas del alma, herida de pecados. Todas las otras penas que no nazcan de esta fuen-

te, son falsas y vanas; vanas las angustias y zozobras de la ambición, del afán de enriquecerse o de sobresalir entre sus semejantes; vana la gloria y vano el oprobio del desprecio de las muchedumbres, y la desolación de las traiciones de amigos y la insensata desesperación por seres queridos muertos; vanas las penas del alma por dolores del cuerpo; todas estas penas son falsas porque desaparecen ante la serena razón, ante la reflexión exacta, porque son producto de leyes naturales, establecidas por Dios en el mundo y las cuales debe el hombre acatar con ecuanimidad de espíritu, y prever como desenlace natural de las cosas. Pero las otras penas de los remordimientos son verdaderas, porque no se consuelan con la fría razón, antes se agravan; los remordimientos sólo se consuelan con el perdón de Dios; y éste es un verdadero desenlace fuera de todo raciocinio y poder humano;

un prodigio sobrenatural e inmerecido de la misericordia de Dios.

Pero es así el corazón humano de miserable y digno de compasión: toda la vida del hombre está llena de penas falsas. ¡Es tan sencillo ser feliz y hay tan pocos felices! Las almas sabias sólo por los remordimientos sufren; pero son muy pocas las almas sabias.

La tribulación ponía entonces en la cara bellísima de Herminia una mueca tan risible, que su mismo ridículo hacía gracia. Estaba sentada, dejándose retocar el descompuesto peinado por la doncella, en desolado abandono de su sér a la pena.

—¡Estoy fea!—exclamaba mirándose al espejo.

Esto era una manifiesta injusticia; porque mejor o peor peinada, era una preciosidad... pues no, ella se creyó entonces fea; fea, porque unos pelos estuviesen de una u otra forma colocados, y no siendo fea experimentaba entonces, todas las

amarguras que han experimentado ante un espejo las verdaderamente feas en este mundo.

¡Oh, transcendencia de un rizo deshecho! Todo en el mundo le pareció entonces negro. Se dejó vestir de la doncella el traje que ésta eligió, sin poner ella ilusiones en la complicada tarea de su tocado, fuente otros días de exquisitas sensaciones de vanidad satisfecha. El traje de playa, de seda vaporosa, de colores fantásticos, dió a su cuerpo transparencias y contornos románticos, deslumbrante y vaga silueta de hada... pero no, iba mal peinada, esto quebraba en ella todo rayo de ilusión o de alegría.

Por el balcón del gabinete entraba a raudales el esplendor de la mañana de verano; desde allí se veía el cielo limpio, fundiendo en la lejanía, en una conjunción de ensueño, su azul pálido al profundo azul del mar; unas brumas levísimas, azuladas, se cernían sobre los acantilados de

una costa, donde quebraban sus encajes de espuma mansas olas; la playa hormigueaba de bañistas y paseantes.

Pero no... no alegraba todo aquello a Herminia porque tenía la pena dentro. ¡Malhadado rizo deshecho! Al contrario: se acercaba la hora en que, según costumbre, había de concurrir ella con los papás a aquel paseo matutino de la playa; y este pensamiento la hacía estremecer de horror: allí estarían las amigas: las de Couto, morenas, con su pelazo de ébano, compuesto sobre la frente como coronas de majestad; y las de Sotelo, con la atrevida fantasía de sus cabelleras castañas; ¡qué bien peinadas siempre sus amigas, qué suerte! Ella recordaba haber leído en una revista de modas un artículo muy serio, en que se probaba que *el peinado era lo más esencial de la mujer*. Y tenía razón el *escritor*... lo más esencial. Ella haría seguramente aquella mañana con sus horribles pelos, el ridículo, el ridícu-

lo: la más espantosa de las desgracias. ¿Qué pensaría de ella su Arturito... si se fijaba, que sí se fijaría?... ¡bueno era él para que se le escaparan estas observaciones tan graves!

Herminia se sintió tan desgraciada que vertió copioso llanto, y corrió a refugiarse de su pena adonde siempre hallaron consuelo sus *terribles* penalidades de niña mimada, sus rabietas de tocador, sus desesperaciones de modistas, sus enfados de ricitos y cintitas y trapitos, toda esa fruslería que llenaba su vida vana: corrió al cuarto de su mamá.

—¿Llorando mi Herminia, mi hijita? ¿Por qué? Veamos... ¡Bah, que tontina eres, si estás muy mona, pero sí con esa cabellera, que es un haz de hebras de oro, no puede haber mal peinado! Vaya, criaturita; pero ¿de veras te encuentras fea? algo ya te conviene, porque creerse hermosa perjudica la hermosura...

La mamá estrechaba a Herminia en un

abrazo, la mataba la pena y hacia retoñar la alegría en su corazón. Se acababa de arreglar ella también para el paseo; llevaba con elegancia algo exagerada sus avíos de belleza otoñal; era una señora muy gruesa y muy alta, de carácter muy dominante, éste y un prurito de megalomanía eran sus defectos salientes. Chocheaba por su hija Herminia hasta el extremo de que la había echado a perder el carácter con estúpidos mimos.

Ahora que su hija era ya una mujer próxima a casarse, la trataba como hacía quince años. La educación de Herminia había sido tema de frecuentes discordias y bruscos choques de pareceres en el matrimonio Armesto. Y eso, a pesar de que don Teodoro era un hombre, sólo consagrado a los afanes de su fábrica de curtidos, y de que en estas cuestiones intestinas de la casa, se había inhibido absolutamente, dejándolas en manos de su dominante esposa. Pero a veces no se

había podido contener y había exclamado:

—No, mujer, no, así no se educa a una hija; esto es estropear una mujer en embrión; la tratas como a una chiquilla, y como tal la haces vivir y pensar y ser; y no es eso: hay que preparar en nuestra hija la madre de familia de mañana. Tú rodeas su existencia de frivolidad, y de frivolidad saturas su alma, y así es ella. En su cabeza no entra una idea seria; su educación es para la vanidad, para lo fútil... lee sólo revistas de moda, a sus oídos nunca llegan palabras de la vida real; su gabinete es un pequeño templo de lo banal; cubren sus muebles objetos de arte chico, minúsculos y ridículos; todo cuanto sus manos tocan y cuanto a su vista se ofrece es vano, y ella en suma es pura vanidad.

Pero la esposa siempre se apuntaba la razón.

—Oye, Teodoro; eres un hombre que,

metido en el trajín de tu fábrica, no estás enterado de lo que se hace en el mundo... en nuestro mundo... tú no entiendes... tu tienes muchos quehaceres... yo sólo éste de educar a nuestra hija... Frivolidad... no sé qué entiendes por eso... pero así viven todas las muchachas de la posición de nuestra hija, todas sus amigas así son... y ¿cómo quieres que sean? ¿Serías y tristes como padres del desierto? Quitálas esas fruslerías de cintas y modas, y ¿qué sería de ellas?

—Ni tanto ni de ello— solía replicar el señor—. En un medio está la virtud: la mujer no debe ser una sesuda lúgubre, sólo atenta a lo transcendental; al fin y al cabo entra en su misión meter un poco de alegría y poesía dentro de este aperrado mundo, como las aves, como las flores; pero tampoco ha de ser un maniquí sobre el que exhibir corfes de seda, o colorines de cintas: la mujer ha de ser alegre, pero sensata; bulliciosa, pero razonable; la

madre de la humanidad se ha de compenetrar de la gravedad de su cargo desde joven; en su cabeza ha de llevar la alegría efímera y loca de unas flores; y en el corazón la sensatez de unos pensamientos hondos. Y no, no has sabido educar a nuestra Herminia...

—No hables disparates, Teodoro, no entiendes de esto; tú a tus negocios; déjame a mí...

Y tan dejada que estuvo la señora. Como todas las madres, la señora de Armesto moldeó a su gusto el alma de su hija. ¡Famosa educación! Las protestas de don Teodoro, cada año más enfrascado en el negocio de su fábrica, habían sido más débiles cada vez; estaba a la hora presente punto menos que desentendido por lo que a la vida íntima de su hija afectaba.

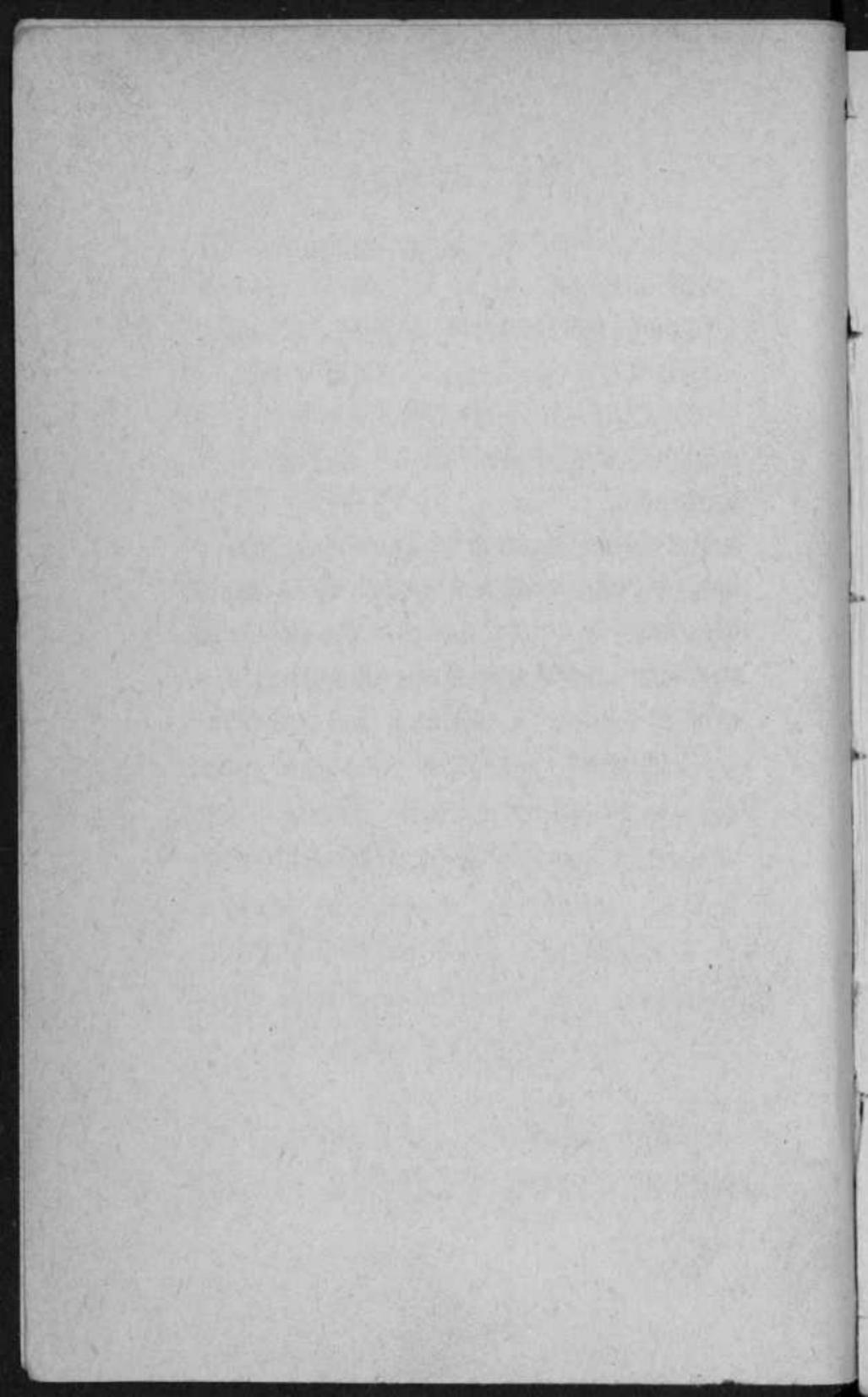
A su mamá, pues, acudía siempre Herminia, y acudió hoy en su grave disgusto

de tocador, y como siempre, halló el consuelo buscado.

—¡Qué tontina!— exclamó la madre, viéndola por fin alegre.—¿De verdad te sentiste desgraciada? Mira que voy a creer a papá cuando dice de tí que eres una tontuela.

En aquel momento, para poetizar la alegría renaciente en el espíritu de la joven, llegó la doncella con el delicado presente de todos los días, de parte de su prometido:

El ramo de flores.



**D**E prisa..., es ya tarde, ¿estáis arregladas? Espera el *auto*... es ya tarde.

Entró don Teodoro metiendo prisas, como siempre; estaba siempre de prisa en todas partes fuera de su fábrica; se ponía cargante a todos con su manera de ser. Se alegró de verlas ya arregladas para el paseo; sobre la frente de su hija posó un beso distraído y maquinal por vía de saludo.

—Muy hermosa, Herminia. Bueno, pues vamos ya; hoy tenemos que volver antes del paseo, porque al regresar, tengo que detenerme en la fábrica, tengo que dar una orden urgente...

—¿Ya, Teodoro, ya estás con tus prisas estropeándonos el paseo? Lo que pue-

des hacer es, que nos lleven a nosotras a la playa; mientras dura el paseo, despachas tus asuntos y luego vuelves a buscarlos...

—No; necesito encontrar en la playa a mi banquero; además, quiero estar en la fábrica precisamente a la hora de entrada de los obreros; no antes ni después; vamos pues, ya; ganemos tiempo.

A los pocos instantes, las llevaba el coche a la playa en rápida carrera; la rapidez de siempre; era conocido sólo de ser oído el *auto* del fabricante don Teodoro; el *auto* se había ajustado al temperamento del amo; siempre de prisa; ganar tiempo.

*Ganar tiempo...* Este era todo el anhelo de don Teodoro. Los días eran breves, insuficientes para su afán; todo el tiempo era un soplo, una insignificancia fugitiva para su fiebre de trabajador; ¡si le hubiera sido posible atrapar el tiempo en su carrera fugaz, y detenerle, y do-

minarle, y hacerle suyo! Aquel formidable trabajador, avaro de minutos, vivía una vida sobreexcitada, fuera de sí; la fiebre del trabajo metida en sus huesos, incorporada a su sangre; era como su misma substancia; y todas sus facultades anímicas, oscilaban hacia un único polo de magnética atracción: el trabajo. No cultivaba más amistades o trato social, que el de clientes, o banqueros, o socios de la industria; no asistía a más concurrencias que a las de hombres de la Bolsa o del Comercio; y de tal manera había entregado su corazón al trabajo, que su vida era un desquiciamiento del verdadero centro, un frenesí y un ahogo. «Es ya tarde». Esta muletilla simbolizaba su constante estado de ánimo. Fuera de sus negocios, todo le era secundario: hasta la casa y la familia. En su loca aberración, se absolvía de tamaño yerro con una frase absurda: no tengo tiempo. Y así, desentendido, vivía extraño a la vida

de hogar, de su mujer e hija; hasta el extremo, de que apenas había intervenido en aquel noviazgo de su hija, de su hija única.

Esto había sido cosa de la madre; él apenas había cambiado unas palabras en la inevitable ceremonia de petición de mano. Se trataba de un joven huérfano, perteneciente a la crema de la población, un pequeño aristócrata de familia altisonante, con un poco de nobleza en su alcurnia. Pero... Arturito Somoza no gustó al papá de Herminia; don Teodoro, en rápida ojeada, había arrugado el entrecejo, y torciendo los labios en gesto despectivo, había exclamado en su interior: uno como ella. En estas tres palabras, condensó su juicio respecto a su futuro yerno; uno como ella, así de casquivano y frívolo: seres vacuos, almas añiñadas en perpetuo alelamiento e incomprensión de la vida; cabecitas de pájaro, ingravidas por la vaciedad de ideas, tornadizas y es-

túpidas; uno como ella, el cual juzgaba que la vida consiste en estrenar corbatas de colorines bonitos y en cuidar no se deshaga la raya del pantalón; un elegante, un sér inútil para el trabajo, un muñeco majo de la sociedad, un objeto que no tiene nada dentro, un estuche de vanidad, una vaina insuflada de memez. Arturito no era malo, no; pero no era bueno; no tenía vicios, pero tampoco virtudes; una difuminación, una vaguedad de sér; ni frío ni caliente: tibio; un joven tan anodino, tan guapito y tan blanco de cara y repeinado, y fino de manos, y pintiparado, que a don Teodoro le daban siempre ganas, al verlo, de mancharle de barro el trajecito, de soplarle un papirotazo en la nariz y llamarle imbécil.

Y para colmo de la rabia del futuro suegro, Arturito no era nada...; es decir, era *sportman*.

—La inutilidad de cierta juventud aristocrática—pensaba don Teodoro—, se re-

viste con esta palabra sin sentido: *sport*. El *sportman* es un vago de profesión; más desgraciado que un saltimbanqui de circo, porque nunca llega a adquirir su destreza física.

Como se vé, el industrial tenía ideas muy vulgares, muy ramplonas, y continuaba:

—Es un fantoche con sus estrambóticos disfraces deportivos; un sér que ha dimitido de su dignidad, con sus ridículos juegos infantiles; sér odioso que suda por vanidad... Y mira por cuanto... voy a tener un hijo *sportman*..., yo...

Pero cualquiera chistaba una sola palabra de estas delante de su esposa. Una vez que don Teodoro apuntó tímidamente un pero acerca de Arturo, la señora se puso hecha un basilisco; le llamó mal padre, enemigo de la felicidad de su hija.

—La boda de nuestra hija, es la envidia de toda la ciudad. Sábetete, que en secreto se nos despreciaba: a mí me lla-

maban *la fabricanta*; la estúpida aristocracia nos miraba por sobre el hombro; se llevaban los pañizuelos perfumados a la nariz y decían que olíamos a curtidos. Y ahora que un joven de la más noble familia de aquí va a ser nuestro hijo, nos va a ennoblecer, a igualar con todos, a prestarnos el lustre que tus millones nunca podrían darnos... ¿ahora te sales con tus locuras?...

—Nada, nada: punto final—había exclamado don Teodoro—; hágase como gustes.

Llegó el automóvil a la playa; ésta se encontraba rebosante de animación, bulle de mundo elegante. Don Teodoro abandonó luego a su esposa e hija a aquel bullicio banal, grato para ellas, insoponible para él, y fuése a la terraza de cierto bar, donde sabía fijamente que había de encontrar a su banquero, sorbiendo su acostumbrado *vermouth*.

Herminia avizoró por entre la multitud de paseantes; no *le* vió.

—Mamá, ¿de veras estoy bien? Este peinado de hoy...

—De veras, tontuela; cuando te lo digo yo...

Y si alguna duda quedaba a la señorita, se convenció de que su mamá decía verdad, al notar los murmullos de admiración que su paso producía en el paseo; aureolaba entonces, la vanidad de ser admirada su cabeza tan hermosa y tan vacía.

Su mamá se esponjaba de orgullo; bien notaba que la entrada de ellas en el paseo había sido un acontecimiento; desde que la boda de su hija con Arturo era un hecho, observaba ella cómo la atendían con deferencia todas aquellas señoronas de rango, y la saludaban de igual a igual; esto embriagaba a la *industrial* como un divino néctar desconocido hasta entonces. La empingorotada familia de Couto, pariente de la de Arturito, las lla-

mó de lejos y las ofreció asiento entre ella.

¡Qué animación de paseo! ¡Qué lujo! ¡Qué selecta multitud de mujerío elegante, de caballeros correctos! Todas las caras sonreían y eran amables; todos los cuerpos eran apuestos; todos los trajes de ellos, nuevos; todos los vestidos de ellas, de fantásticas modas...; era aquél el mundo de los *felices*, de los elegantes, de los preferidos de la fortuna. Sonaba grato el murmullo de conversaciones discretas, de vez en cuando salteado como de notas frescas de juventud y alegría, de las voces altas, atipladas, de chicuelos o jovencilas.

De toda aquella concurrencia elegante, emanaba un aroma de distinción y exquisitez; una suma de todos los perfumes individuales se apoderaba del alma admirándola, y exaltaba la imaginación en hechizador deslumbramiento, el ir y venir de aquellos grupos magníficos y lujo-

sos, el vaivén ofuscador de aquella espléndida fiesta mundana; era brillante aquella masa de hombres y mujeres; daban destellos al sol pecheras planchadas y joyas coruscantes, y charoles, y sedas policromas, y ojos de mujer.

Era una plácida mañana de verano; la brisa rizaba los penachos de espuma de las olas y desgarraba en sutiles velos unas neblinas azuladas, prendidas en la falda de un monte. Velaba el cielo, empañando su azul, una levisima gasa blanquecina de las nieblas desvanecidas, y era el sol un reflejo de luz difuminada, una caricia tibia y amigable; una de estas mañanas de verano en las costas del Norte; mañanas en que la Naturaleza tiene empeño en poner en cada labio una sonrisa, en cada alma un pensamiento de alegría y optimismo.

Herminia se sintió feliz intensamente. Todo era alegre; al fondo de la playa, se bañaba una multitud entre risotadas que

sonaban alegres en el ambiente sereno de la mañana y entre remolinos de espuma que se tornasolaban al sol; y más lejos, allá, tendida hasta el infinito, la azul magnificencia de la mar, rayada de la leve humareda de vapores, diminutos en la distancia.

Hacia resonar una orquesta el ritmo grácil de unos valeses frívolos: notas leves que rozaban el alma, sin ahondarla, acariciándola, como acaricia el roce de alas de mariposa; una música que besaba el alma tan tenuemente, como besaba el rostro la brisa con sutiles halagos de aromas y frescura salobre. La música liviana influyó en toda aquella multitud de frívolos...; se alegraron los ojos, se elevaron los murmullos de voces, volaron frases entrecortadas de unos grupos y de otros, palabras banales...; todo allí era banal y fruslero...: el falso relumbrón y artificiosa belleza de las joyas, de las cintas, de las sedas; la estúpida ceremo-

nia de las cortesías, la falsedad de las sonrisas, la farsa mundana, todo era banal...; todo, menos la grandiosidad azul de la mar...; la mar hoy tranquila, que bajo aquellos murmullos vanos de la vana muchedumbre, subrayando la musiquilla liviana de la orquesta, daba la solemnidad de su rumor gigante; ese rumor tan grandioso, tan grave, tan incomprensible, tan eterno...

De pronto, Herminia tuvo un estremecimiento de sorpresa: *él*.

Allá, al extremo del paseo, apareció Arturito; venía girando la mirada a un lado y a otro, buscándola.

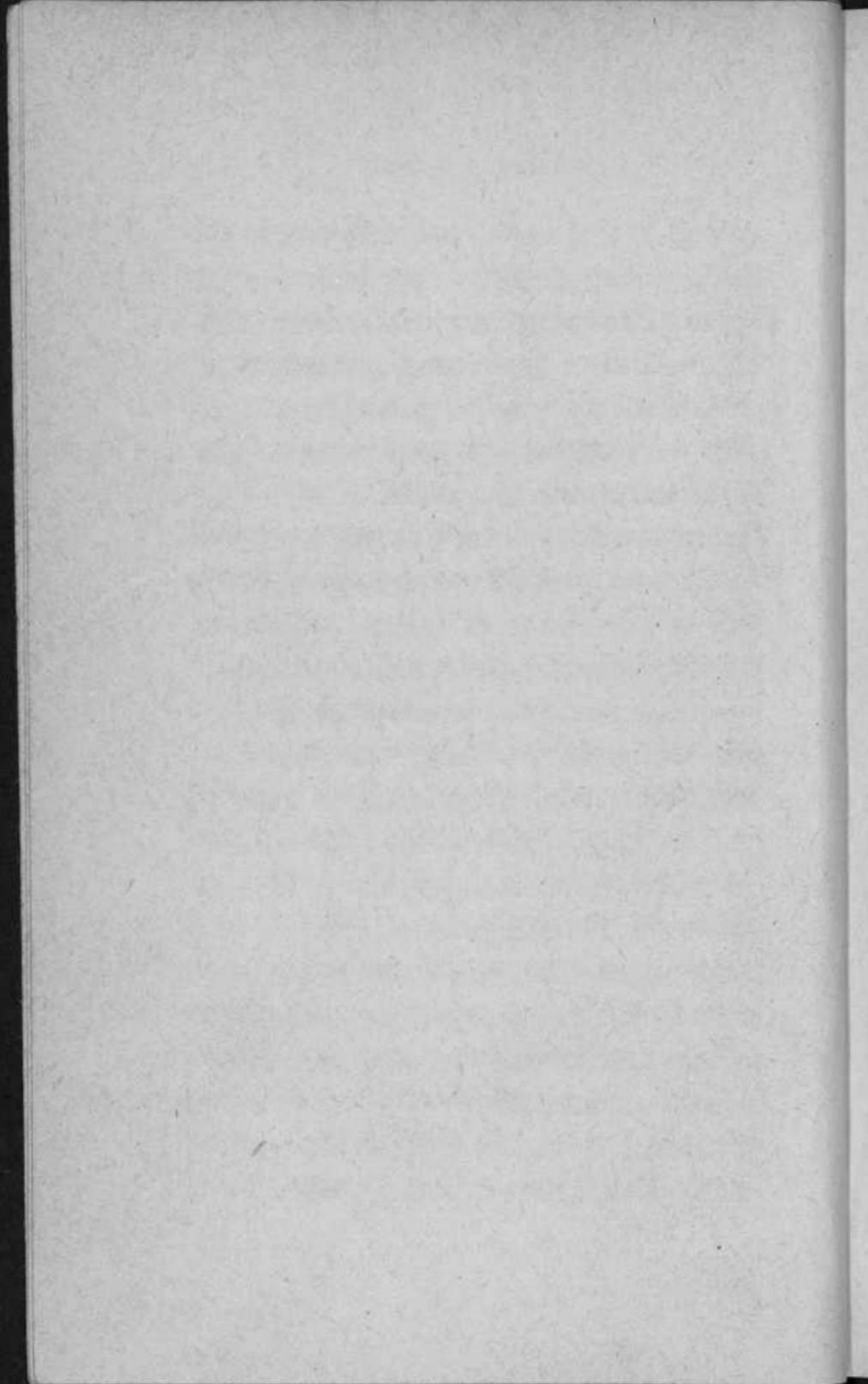
Sintió ella el exquisito placer de verse buscada. Se inspeccionó con disimulo los zapatitos blancos, ajustados sobre las medias de seda plata, inquirió en breve ojeada la justeza de mil detalles: las pulseras, el *bouquet* de flores prendido al pecho, los frunces y cintajos del talle; se atusó el cabello, ¿cómo estaría?, ¡lástima

de espejo! Pero ella se presintió bien; la brisa había jugado con su pelo, con su famoso rizo insurrecto; la brisa del mar, es graciosa y caprichosa peinadora de cabelleras bonitas... Ya se acercaba Arturito; todavía no la había visto. Las amigas se lo indicaron con sonrisas..., ya, ya, ¡cuánto hacía que ella le estaba viendo!...

¡Guapo mozo! El ala del *jipi* immaculado le sombreaba el rostro..., traje de playa: americana azul y pantalón de deslumbrante blancura; zapato gris con adornos de charol, y en una mano, jugueteón entre los dedos ensortijados, el bastoncillo de junco.

Por fin... la vió. La cara de Arturito se iluminó con la alegría de la sorpresa; su paso, antes indeciso, tornóse resuelto hacia ella. Trafa bajo el bigotillo enhiesto, una sonrisa; su andar, era elegante..., a pasitos menudos...

A Herminia se le abrieron de par en par los cielos de la felicidad.



### III

**E**STABA rebotante de alegría don Teodoro: había concluido satisfactoriamente con su banquero un asunto de fianza. El buen éxito de sus negocios: esto era su felicidad en la vida.

La dicha interior le hacía locuaz, comunicativo y cariñoso, y ya en el coche, de regreso del paseo de la playa, colmaba a su esposa e hija de atenciones y frases acariciadoras.

—¿Te has divertido hoy, hijita? Yo también, a mi manera, con mi banquero, que es un perro ladino; pero a buena parte viene... conmigo. ¿Has estado con Arturo? Bien, bien... os casaréis en seguida. ¡Qué caramba! Mejor hubiera yo querido uno de los míos... ¡psch! si es tu gusto...

seréis señoritos... ya podéis, yo en mi vida os he ganado algunos cuartos...

Y dirigiéndose a su esposa:

—Buen negocio el de hoy, amiguita... una media docena de miles de duros ha caído de un porrazo... como a mí, te debe alegrar también a tí.

Ya lo creo que la alegraba. Herminia, sin prestar atención, miraba por una ventanilla del coche la calle, con ojos soñadores, con el alma llena de su Arturo.

Pero su mamá se interesó vivamente en aquel *negociazo*; pidió pormenores, que su esposo le facilitó entre explosiones de satisfacción, con palabras que el entusiasmo hacía incoherentes. La señora se sintió orgullosa de él.

Paró el automóvil frente a la fábrica.

—Entraréis conmigo, ¿verdad?—dijo el industrial—porque no se os haga larga la espera, si me entretienen.

Placía a don Teodoro en extremo ver a su familia en la fábrica; era como si se

alegrase el templo de su trabajo con un encanto íntimo; era también una vanidad algo pueril. En cuantas ocasiones había tenido, las había llevado allí; las explicaba mil detalles que ellas no entendían; las había hecho admirar cada maquinaria nueva que fué instalándose; aquello que era la chifladura de su vida; creía que había de interesar a todo el mundo, lo mismo que a él.

La señora se asociaba fácilmente a sus entusiasmos; su alma algo plebeya se sentía halagada entre el bullicio de aquel pequeño mundo, de que su marido era el amo; la envanecía el saludo humilde del centenar de obreros; sentía una imponente sensación de su propia *grandeza* entre aquel mareante ajetreo de carros y carretillas, y zumbidos de máquinas, y bullir de aquella colmena de trabajo,

Pero Herminia tenía invencible repugnancia a poner sus lindos pies en la fábrica: ¡era todo tan sucio!... Esta repugnan

cia sacaba de sus casillas al padre; pero ella no lo podía remediar. ¡Oh! sobre todo el mal olor...

Esto era rigurosamente cierto: allí olía muy mal.

Los albuminoides atacados por los ácidos; y las pieles desecándose en las soleas; y el aire caliente que se escapaba de los secaderos en bocanadas fétidas apesataban el aire; olía allí siempre a demonios podridos.

—Por aquí, por aquí,—las dijo don Teodoro;—voy, lo primero de todo, a dar una orden al contramaestre de la tenería roja...

Le siguieron; él iba y venía delante de ellas, sin cesar de hablar, muy contento; allí estaba en su centro, en su mundo; allí no tenía prisas.

—¿Ya, ya estamos, Herminia, con el pañuelito a la nariz?—Reía con risa nerviosa, contrariado en el fondo, de la cara arrugada de su hija, sufriendo el mal olor.

Pasaban entonces junto a las *fosas de adobo*: de aquellos pozos infernales emanaba una exhalación a tanino putrefacto, a albúminas, a gelatinas... Luego se hallaron frente a las máquinas de *temple*; las cuchillas corvas pasaban sobre pieles adosadas a *caballetes*, y raspando, arañaban de ellas piltrafas de sebo endurecido y amarillento, coágulos negruzcos de sangre seca.

Y allí, inmediata, estaba la maquinaria del *depilado*; la *barbería*, como la llamaban bromeando los obreros: la máquina *caldeadora* daba el baño: la *jabonadura* previa, un embadurne blanco, en cuya composición entraban unos acetatos que hedían; luego las navajas *afeitaban*, con áspero rumor, a contrapelo; con movimiento isócrono iban pasando las pieles *rasuradas*, y por unos vertederos descendía la masa de jabonadura y pelos revuelta, gelatinosa, hedionda.

Repugnaba la vista de aquélla; la seño-

rita Herminia no sabía donde refugiar su mirada.

—Vamos, Teodoro, despacha pronto— intervino la mamá compadecida de ella.

Bordearon las balsas de *desengrase*: en aquellos amplios pilones flotaban sobre el agua las pieles, como raros monstruos ahogados, hinchados, de color violado, cayéndoseles el pelo a mechones. El agua daba un asqueroso reflejo policromo: gris de las albúminas coaguladas, verdoso de las grasas corruptas, enmohecidas, dorado amarillo de los óxidos; la gama repugnante de los colores de la podre.

—Vamos, Teodoro, esta niña se va a poner mala.

Del pabellón de batanes venía un estruendo entontecedor, brutal, incesante, un golpeteo de mil mazos porreando a la vez... uno... dos... mil... con machaqueo de pesadilla, coreado de ásperos chirridos, de tornos volteadores, de silbantes resoplidos de volantes, de acezantes respira-

ciones de motores... un antro de gigantes condenados a un trajín fatigoso, asmático, eterno... *trom... trom...* y como un cronómetro de su condenación los batanes marcaban los segundos en aquel reloj infernal; uno... dos... mil...

—¡Gracias a Dios!—exclamaron a la vez las dos mujeres, cuando salieron de la tenería roja.

—En seguida nos vamos, hijitas; como no estáis acostumbradas... yo en cambio gozo con todo esto.

Para cada grupo de obreros tenía don Teodoro palabras; hablaba con mucha afabilidad y familiaridad a sus obreros, a aquellos pobres seres, cubiertos del rojo polvillo de la *casca*, olientes a pellejos, salpicados en rostro y brazos de picaduras de insectos renegridas por la quemazón del nitrato de plata, precaución contra el terrible *carbunco*.

Para llegar a los escritorios tuvieron que atravesar la tenería *blanca*, última

fase del tormento de ellas; ¡qué hedlondez exhalaban las *tinas* de gamucería! se les revolviéron las entrañas del asco, era un hedor que se masticaba ei del alumbre, el del acetato de plomo y aceites y lejías en plena fermentación.

Por fin, llegaron al despacho de don Teodoro; allí se respiraba. Herminia se apoderó de una amplia ventana, que daba al mar; respiró con fruición en largas aspiraciones la brisa marina.

—¡Caramba! no es para tanto—exclamó algo amoscado don Teodoro, viendo los aspavientos de su hija.—¡Qué delicadeza de criatura!... no todo en el mundo va a ser oler a perfumes... y tu padre ¿sabes? aquí ha pasado toda su vida... ¡la señorita! Esta es la realidad: a tí, y a tus amiguitas... y a tu novio, y a todos los que componéis el mundo elegante, os tenía yo aquí una semana con la nariz sobre las *tinas* de adobo, para que se os compenetrase la realidad de los trabajos

de la vida en este valle de lágrimas y penalidades, que vosotros queréis convertir en salón de fiestas y fruslerías.

—Ya, ya saliste con las tuyas—se interpuso la señora, dispuesta como siempre a la pelea en favor de la hija.

Pero no hubo necesidad de ello. A don Teodoro, allí en su fábrica, no podía durarle el mal humor; y retornó prestamente a su alegría de antes; desbordaba de su interior el gozo, al recuerdo del negocio financiero hecho aquel día. En brusca transición se entusiasmó de nuevo, olvidado del incidente, hablándolas como a continuación de las anteriores conversaciones.

—Ahora veréis un hombre magnífico, mi nuevo gerente, el *gran* Fernández; no le conocéis... es un joven interesante; lleva ya tres años empleado en mi casa, pero hasta ahora no ha sido más que un simple tenedor de libros. Por cierto que fué rara la forma cómo se colocó en casa.

Hablando de su gente el fabricante era hiperbólico y entusiasta, sobre todo cuando se trataba de empleados de extraordinarios dotes, como en este caso de Fernández.

—Pues una mañana, contaba, se me presentó aquí, solicitándome colocación. —Imposible, le contesté, no hay plaza. Entonces él (me acuerdo muy bien de su actitud de nobleza y respetuosa osadía). Señor, me dijo, permítame que insista: en una casa como ésta, para un hombre como yo, siempre hay trabajo... Pudiera traer a usted una tal recomendación que le inclinara en virtud de ella a mi favor; pero este procedimiento repugna a mi carácter y prefiero exponerle sencillamente mi petición, la petición de un hombre que desea trabajar.

Me interesó, y aquellas sus palabras me le hicieron simpático.—Bueno, le respondí, pero ¿qué clase de trabajo sabe usted desempeñar?—Le voy a ser franco,

me contestó, odio la mentira... yo hasta hoy he sido un perezoso... nunca he trabajado. Soy casado, tengo dos hijos chiquitos; he consumido una pequeña hacienda, y hoy llama el hambre a las puertas de mi hogar.. yo quiero trabajar... destíneme al más bajo y humillante quehacer de su fábrica... soy un hombre de buena voluntad... el salario... Usted será hombre de conciencia y tasaré mi trabajo... tengo que mantener una mujer y dos hijos... eso es todo.—Me conmovió y enamoró aquel hombre; en el acto le admití... aquel día Dios quiso premiar alguna buena acción mía trayéndome a aquel hombre a casa. Se colocó en contabilidad: sus libros eran un primor; pero él además en momentos libres recorría la fábrica, inspeccionaba todas las dependencias; aprendió los detalles de todos los procedimientos... hoy... es mi brazo derecho, mi otro yo, en poco tiempo le he ascendido al más alto cargo, es mi apoderado, mi ge-

rente, le he asignado sueldo cuantioso, le he interesado en el negocio, quiero hacerle rico, es un talento portentoso; desmonta, desincrusta y renueva maquinarias; busca la mejora de fórmulas químicas para los reactivos curtientes; compra y vende; es mi ingeniero, mi mecánico, mi obrero, mi consejero, mi todo... es mi providencia... Ahora, ahora le conoceréis, pues no tardará en presentármese para cierto asunto que hoy cumple despachar.

Ya sentían curiosidad las dos mujeres por conocer al tal gerente, a quien don Teodoro ponía tan por las nubes.

—¿Se puede?—preguntó una voz desde fuera.

—Aquí está;—murmuró el industrial, y en alta voz, con tono muy familiar:—Sí, adelante, Fernández.

Entró saludando con modales distinguidos un hombre gigantesco; era joven y no lo parecía; inclinaba al saludar unos hombros hercúleos, y una cabezota rapada y

vulgar; su mano tenía callosidades de trabajador; su cara era un matorral de barbas erizadas; aquel hombre era el ponderado Fernández. Un detalle raro ofrecía su rostro: en la carota peluda daban una mirada muy suave, muy serena, unos ojos azules, aquel oso tenía ojos de niño.

—Aquí os le presento... mi *gran* Fernández... uno de los míos, un trabajador...—exclamó don Teodoro.

Fernández cortó con mucha naturalidad la presentación elogiosa que le hacía su principal.

—Conozco a la señora y a la señorita hace mucho tiempo de vista; ellas también a mí... pero me ven ahora tan disfrazado, tan cambiado... aquellas veladas literarias del *Centro Ateneista*... yo me llamo Luis Cancela Fernández.

—¡Luis Cancela!—profirieron las dos en doble exclamación de sorpresa...

—Sí, ahora soy... otro; soy Fernández;

de mi antigua vida hasta el nombre he desfigurado.

La señora de Armesto no salía de su asombro: el poeta Luisito Cancela...

—Sí, señora... el poeta ya no es poeta... ¿qué disparate digo?... poeta no se deja de ser nunca. Es difícil explicar esto: quiero decir que no escribo versos, que no hago poesía, aquella poesía; porque ahora vivo para otra poesía más profunda, muy distinta... la poesía del trabajo, la poesía vivida, la constitución de un hogar dichoso, la crianza de unos hijos... Yo me quedé pobre: los versos y la gloria de los aplausos en las veladas ateneistas, y la pública admiración en la calle, y la embriaguez del elogio en letras de molde... la pequeña popularidad de aquí... la *pose* de artista... muy bonito todo esto, pero poco práctico. A pesar de mis melenas románticas y de mis versos *divinos*, mi mujer enfermaba de anemia, y mis hijitos, víctimas de mi gloria inútil, desfallecían

en un rincón, roídos de raquitismo. Hoy con mi cabeza rapada y estas barbas vulgarotas, y este grosero aspecto de gerente industrial, mi mujer está lozana y mis hijos tan gordos, tan humanamente sanos y materialmente sucios, que casi no les pega el espiritual calificativo de angelitos.

—No sabía yo, no sabía...—expuso don Teodoro intrigadísimo con aquel pasado de su gerente.

—Usted no frecuenta ciertos centros del mundo elegante, y no lo sabía; estas señoras sí; de ahí su admiración porque tal me vieron y tal me ven. Sí ¡Lulsito Cancela! Yo me esforcé en convencerme de que mi gloria literaria no sería más que gloria provinciana; mis vuelos de genio, que en este rincón llamaban de águila caudal, yo comprendí a tiempo que nunca pasarían de revoloteos de gorrión; y busqué a mi vida derroteros más seguros, aunque más vulgares; la probabilidad

de conquistar el porvenir con la lira era quimérica; nunca acaso hubiera llegado a ser gran poeta, y en cambio en poco tiempo me he hecho un gran trabajador, un gran útil; pero me ha costado heroicas luchas conmigo, y he probado la paradójica amargura del triunfo; me he cortado, pues, las alas, mas me las he arrancado en desgarrón sangriento de mis ilusiones más queridas, y he dejado de ser poeta, aquel poeta...

En tocando esta cuestión el gerente Fernández, que de ordinario era poco hablador, desbordaba su facundia, abusando quizá de sus oyentes.

—Para mi opinión,—continuó—soy un vencedor del enemigo más terrible que hay, que es las propias ilusiones; pero para la opinión de todos soy un poeta frustrado. Por eso huyendo de miradas y alusiones mortificantes, he escondido mi casita en un barrio extremo, medio me he disfrazado, y sólo vivo para mi hogar, para

mi trabajo, y vivo muy feliz. ¿Qué saben las gentes de esta oscura exquisita felicidad? ¡Un fracasado yo! Pero ¿cuál es la empresa importante, el verdadero fin del hombre en este mundo? ¿Es la conquista de la estimación caprichosa, tornadiza y a veces inconsciente de cuatro semejantes? ¿O es esta otra de hacerse digno del nombre de hombre, de vivir una vida real, de virtudes humildes, de trabajo, limpia de ambiciones, iluminada del suave esplendor de la conciencia tranquila, no de los falsos relumbrones de famas inestables; de ideales proteicos? Yo no soy, pues, un fracasado, sino un vencedor; mi triunfo: la felicidad de una mujer, la providencia de unos hijos, la alegría y abundancia de una casa... Pero me pongo pesado; hablando de esto, involuntariamente me exalto; como si experimentara la necesidad de restañar antiguas heridas mal cerradas con el copioso vendaje de una elocuencia. He aburrido seguramente a

estas señoras con mis extemporáneas disquisiciones, yo las pido mil perdones; y a usted mi querido don Teodoro he robado un tiempo hermoso.

—No, no era perdido, Fernández; me ha servido para conocerle mejor, y estimarle más... y don Teodoro consultaba con la mirada a su esposa e hija, expresándoles una tácita pregunta: ¿eh, qué tal? ¿no os decía yo? ¿qué os parece este *gran* Fernández?

Ellas no habían entendido bien todo aquello; se contentaron con pensar: habla bien, debe estar algo chiflado... todos estos poetas...

Y mientras despachaban su asunto los dos hombres, los dos trabajadores, ellas, que pertenecían a un mundo tan distinto, cambiaban impresiones, recogidas en el paseo de la playa.

—La moda nueva de las faldas de *capa*, los atrevidos colores de las cintas de las de Sotelo... el peinado de las de Couto...

#### IV

**L**A casa nunca estaba vacía de cumplimenteros y amistades; la mesa se veía siempre llena de convidados.

Todo este aparato ceremonioso ahuyentaba de casa a don Teodoro; no era para él; y pretextando mayores quehaceres que los ordinarios, apenas salía de su fábrica, de su centro.

Peró la señora gozaba lo indecible: esta era la realización del ideal de su vida; toda la *ciudad* elegante había pasado por su casa; la *fabricanta* se había codeado con la *crema*; se había igualado a las más altas; iba a emparentar con las de más rancio abolengo; era ya una de ellas; Arturo la había dado cédula de igualdad con las aristócratas.

Se ubicaba por doquier, presente a todas las visitas: a las bienvenidas de los que llegaban, a la despedida de los que se iban, se multiplicaba en los salones y en el comedor, y en todas las partes de la casa, poniendo un sello de previsión y de orden en todos los detalles; era el alma del ordenado trajín.

La proximidad de la boda, de este momento tan solemne, producía en Herminia no emoción sino aturdimiento. El ir y venir de visitas, la entrada y salida de personas cumplimenteras, el mareamiento de cortesías y cambio de frases deferentes; todo ese aparato mundano del formulario complicado de etiqueta empalagosa, de que un protocolo artificioso y ridículo rodea la proximidad de una boda, traía el espíritu de la joven descentrado, deslumbrado.

El alma de ella estaba como disipada; en un como desvanecimiento de sensaciones imprecisas; en una nebulosidad de in-

consciencia, de pérdida del dominio sobre sus pensamientos; alelada, incapaz de una idea seguida y seria en consonancia con la seriedad del acontecimiento que se la acercaba.

Arturito también estaba aturdido: mal podía sugerirle ideas de que él estaba vacío: ¡famosa pareja! ¡estos amores de los dos elegantes...! el ramito de flores... las sonrisitas... ¡Las sonrisas! Hay momentos en que la sonrisa en un hombre y una mujer es signo de imbecilidad.

Aquellos días, en las dos almas abobadas, campo de vaguedad, de imprecisión, de pequeñas ideas rotas y sin hilación coherente, en aquellas dos almas arrobadas y como extáticas, no de felicidad, sino de memez, sólo una idea tenía consistencia y contornos definidos; era ésta: la exhibición de regalos había promovido un éxito de admiración; la de la *trousseau*... otro éxito. ¡Triunfos mezquinos de la vanagloria, felicidad de las almas pequeñas, vanas!

Se iban a casar... Era porque había llegado la fecha convenida... Eso indicaban los fastuosos equipos terminados; los trámites del formulario de exigencias sociales conclusos; las fórmulas mundanas cumplimentadas.

Y se iban a casar... habían llegado al número final de aquel programa de su noviazgo frívolo.

Las almas estaban abarulladas; les faltaba el recogimiento grave, el aislamiento reflexivo que las hiciera meditar y penetrarse de la gravedad de aquellos momentos transcendentales que iban a vivir. ¡La creación de un hogar! ¡Casarse! Para ellos, para muchos de su mundo, tiene esta palabra *casarse* otra significación, no tan seria ni tan profundamente esencial... El *casarse* es meramente una fiesta; un triunfo de exhibición; una ocasión propicia para el desfile de fastuosos trenes de lujo una nube de aromas; un ensueño de trajes fantásticos; una apoteosis de deslum-

bramientos y de grandezas; una cumbre que es trono de un día; un momento en que se es héroe de una fiesta, centro de miradas, motivo de aplausos, imán de envidias, trasunto de deseos; la glorificación de la vanidad. Arturo y Herminia estaban, pues, próximos a *casarse*.

\* \* \*

Uno de los días que precedieron a la boda se encontraba Herminia con su novio entretenida en revolver la infinidad de tarjetas y cartas de felicitación que en aquellos días iban llegando a sus manos. En cierto momento profirió una exclamación de sorpresa; se la había producido una tarjetita ordinaria, extraída al azar de entre la confusa multitud de otras; una cartulina vulgar al lado de la perfumada elegancia de las compañeras. Herminia la leyó y releyó, revolviéndola entre sus dedos; queriendo saber más de lo que las

cuatro palabras de felicitación la expresaban.

Angela Rubio, la amiga de la infancia, la compañera de colegio; ¡cuántos años que no se veían! Toda la época lejana de su niñez, de su primera juventud, vino a su memoria, embellecido el recuerdo con la nostalgia de felicidades pretéritas, de su vida de colegiala, salpicada de episodios menudos, que se agrandaban ahora, y tomaban transcendencia de dicha o de gracia al evocarlos a través de tanta distancia de tiempo. ¡La amiga Angelita, tan íntima suya, tan copartícipe de aquellos bonitos días tan lejanos!

Herminia enteró a su novio: se habían querido como hermanas; luego la vida las separó; Angela venía de familia de militares, oriunda de Castilla; tenía entendido que vinieron muy a menos, y se ausentaron de su país. Al principio las cartas mantuvieron estrecha relación entre las dos amigas; después las cartas fueron dis-

tanciándose cada vez en más fríos y más largos intervalos; se agotó la resobada materia de correspondencia... y después ya no hubo cartas... sobrevivió a aquel gran amor un rescoldo de recuerdo melancólico, y más tarde... nada.

Da pena ver cómo grandes amores en este mundo va apagando el olvido.

Hacia mucho tiempo que Herminia ni se acordaba de su amiga, y he aquí que esta tarjetita suya, reavivó muertos afectos.

¿De modo que vivía allí, en aquella misma ciudad?, y fijándose en la tarjeta, exclamó:

—¡Si está casada! Angela Rubio de Fernández. ¿Y cómo no me ha venido a ver... pero ¿es posible que en esta ciudad pequeña haya podido pasar a su lado sin conocerla, que se haya ella podido contener sin correr a abrazarme?

Esta cuestión la desconcertó un poco y entibió sus renacientes fervores de amis-

tad; pero en seguida se reavivaron ante una idea que de repente la vino. Sí, justo... por vergüenza... ella será pobre, casada, con muchos hijos tal vez, la daría reparo que viera yo cómo ha bajado y venido tan a menos aquella señorita Angela Rubio...: pero es una tonta, que eso lo considera obstáculo interpuesto entre las dos, ¿o creía que no era yo la misma de siempre, que me iba a avergonzar de su amistad? ¡Pobrecita Angela!

Y de pronto, dirigiéndose a su novio, dijo con resolución repentina:

—Vamos a visitarla, ¿quieres?

Arturo hizo un gesto de contrariedad; dió a entender que no procedía semejante visita, que a la tal Angela correspondía...

Pero Herminia, en medio de su sumisión a aquellas palabras, insistió indirectamente, como insisten todas las mujeres mimosas.

—Como gustes, Arturito, tienes razón,

que no procede... yo, ya ves, llevada del corazón... cuán feliz volviendo a abrazar a la amiga de la niñez, a recordar tiempos... a decirle que era yo la misma, a darla, si podía, un poco de felicidad, hoy que tengo tanta de sobra, a causa de tí.

—Vamos, por mí date ese gusto.

Batió ella palmas de contenta, y escoltados de la señorita de *compañía* se fueron a aquella rara visita.

El vínculo de un abrazo tembloroso de emoción enlazó a las que la vida había tenido separadas tantos años. ¿Pero era aquella Angelita? ¡Cuán cambiada! Ante sí la contemplaba Herminia y no acababa de reconocerla. ¿Aquella su amiga menudita, pizpireta, del Colegio; la de la eterna risa en su cara, bañada toda en una iluminación de alegría; la de los movimientos gráciles, incesantes de hormiguelo de nervios azogados; la de la voz locuela y libre, salpicada de frescas risotadas volubles, era aquella mujer grave de hoy, de

pausadas maneras, de voz reposada y reflexiva?

—¡Qué transformada, Angelita!

—Mucho, ¿verdad? Todos dicen eso; no soy conocida de cuando soltera.

Bien lo recordaba Herminia: Angela era antes un tipito esbelto y flexible, con una delicada movilidad de talle, delgada e ingravida silueta de elegante... ahora... ¡cuánto metamorfosea la maternidad! era una joven matrona, con plenitud de formas y exuberancias de mujer madre. ¿Y el carácter? Se admiraba Herminia oyéndola hablar, con gravedad en los exquisitos modales de antigua señorita de colegio, accionando a veces con su mano gordezuela.

—Esto ya lo sabrás, ya: cómo se transforma una; es un cambio tan radical de soltera a casada... Porque en seguida vienen los hijos, estos dulces tiranuelos de mamá, preciosos angelitos, pero angelitos que manchan pañales... muñequitos

deliciosos, pero que se indigestan lindamente, y disponen de un mecanismo a prueba de resistencia, de dar gritos, y toman unos berrinches tan poco musicales y tan poco pasajeros, que convierten las noches en somnolientas veladas zaran-deando una cuna, en pequeños martirios de vigiliias, paseando la casa a medio vestir con el rorro llorón en brazos, sin saber qué hacer, ni cómo callarle, sufriendo las palabras de malhumor del marido que reclama y necesita un poco de sueño en paz. Todo esto va transformando el carácter, moldeando el alma. Dice mi esposo que la mujer hasta que no cría hijos se halla como en un estado previo, transitorio; crisálida en espera de los días grandes de su misión. Esto les pasa a todas... la naturaleza se modifica y el alma también; si no, sería sencillamente inaguantable tener hijos, y como yo, uno cada año...

Arturito se aburría soberanamente y di-

simulaba inevitables bostezos, oyendo hablar a aquella mujer tan terriblemente *vulgar*.

Pero en Herminia aquellas palabras iban concitando pensamientos nuevos para ella, sensaciones que nunca había experimentado; aquella mano de su amiga, accionando en el aire, parecía, al conjuro de unas frases, descorrer un poquito el velo del futuro... ella se iba a casar dentro de unos días, quizá a tener hijos...

--Mi amiguita Herminia, si vieras qué deseos más grandes tuve de que llegara un día en que pudiera abrazarte, la única amiga de mi vida, incorporada a los recuerdos de un trozo de vida tan distinta de la de ahora.

Comprenderás la causa de mi retraimiento: yo soy pobre, lo he sido más... como tú estabas en tan diferente posición... ya sabes lo que puede este recelo en una mujer; este era mi resto de coquetería; no tengo vestidos de moda, ni pel-

naadora, ni... y además debe trascender de una el olor a pobre, a ramplona; pero, perdóname lo ligeramente que te he juzgado, buen mentís me has dado. No pude contenerme, dejando pasar esta fecha tan pública y tan importante para tí; y te mandé desde mi rincón mis votos de enhorabuena, la voz sincera de una antigua amiga olvidada.

Angellita había reconquistado el alma de Herminia.

—Desde hoy ¿verdad? ya somos las de antes, ¿te acuerdas?

A la evocación de pocas palabras se hicieron presentes aquellos tiempos lidos...

—Y ahora... ¡no creías encontrarme así! hablándote como una vieja, aunque tengo sólo unos años más que tú, te he adelantado en varios cursos de esta carrera de la vida.

¡Cinco hijos!... ¿los quieres ver? Dice mi marido que yo, como la madre de los

Gracos, puedo presentar mis hijos como unas joyas vallosas.

Una criada los trajo al gabinete: un grupo bizarro de tres niños y una niña, ésta de dos años, el mayor de seis.

Todos saludaron, como quien recita de memoria, algo atropelladamente, a coro, consultando la buena marcha de la *ardua* empresa con la mirada a mamá; hasta la pequeñina saludó.

—¿A ver tú? monada—exclamó Herminia enternecida—¿cómo dices tú?

La niña, toda confusa, emitió una articulación ininteligible, que su mamá explicó que quería decir: buenos días.

Los llevaron de allí.

—¡Qué hijos más guapos, Angela; qué muchachotes más robustos, más plantados... y, como contraste, la delicada monada de la chiquitina!

Brillaron de interior satisfacción los ojos de la madre.

—Pero si vieras qué fatigas hasta ver-

los así de criados, y aún ahora así de limpios; te falta de ver uno: el de pecho; está en la cuna; éste no te lo enseñó porque... no tiene vista... un envoltorio de pañales del que salen lloros y... ¡me da unas noches con la dentición! Los hijos en visita son como los soldados en formación de parada... una cosa muy bonita, pero en el cuartel es ella... y así con los niños, en casa es la brega y lo ingrato, y la despaciencia y el aperreamiento de las madres.

Se extendía Angela, notando que aquello interesaba a su amiga, en pormenores detallados. Herminia la escuchaba con creciente interés: intimidades de la vida de una mujer casada... era aquello tan nuevo y desconocido para ella, se la estremecía el alma de espectación a ella que iba a entrar en aquella vida. Buscaba a veces, la mirada de su Arturo, segura de encontrar también en ella el reflejo de su misma honda turbación. Pero no, siem-

pre sorprendía en el rostro de él la aburrida contracción de un bostezo estrangulado, y en sus ojos un hastío indecible.

—Y a todo esto no te he dicho todavía quién es mi marido, y sin embargo, le conoces, y tu papá más... se llama Luis Cancela Fernández...

—¡El gerente Fernández! Pero si tiene conquistado a mi papá... le tiene chocho, pero, ¿cómo no he sabido yo antes...?

—Verán ustedes; Luis fué poeta... Nos casamos con grande ilusión de grandezas, él era muy soñador entonces... después le despertaron de sus sueños rudos encontronazos de la vida real. Miren nuestro retrato de boda...

Allí estaban en un gran cuadro; ella con su tipito esbelto de colegiala, él con su romántica abundosa cabellera, con la cara helénicamente depilada, en actitud de soñador; ¡cualquiera conocía en él al barbudo gerente Fernández! sólo sí, los ojos, esos eran los mismos; rasgo imposible de

contrahacer; traicioneros agujeros, a través de los cuales se veía el alma superior del poeta oculto en las trazas de hombre vulgar, ojos de mirada ingenua, pero profunda, como de ojos que veían las entrañas de todas las cosas de este mundo...

—A la realización de nuestras ilusiones de literatura se anticiparon necesidades groseras de la vida. Empezaron a nacer los hijos, sin tener a bien esperarse a que papá fuese consagrado vate de gloriosa fama; entonces en nuestro hogar empezó a haber sobra de versos y falta de pan... y mi marido, que es un hombre excepcional, vino un día a casa diciéndome que se había colocado de contable en una fábrica, en la fábrica de tu papá; yo aprecié toda la grandeza de aquella renunciación de ideales de gloria. Cuando yo anuncié a mi esposo que me había unido a la hija de su principal fraternal cariño, él me prohibió hacer uso de su influencia para nada, y así con sólo el propio esfuerzo y

el propio mérito ha sabido granjearse la estima de su papá.

—¡Pero no sabrás tú hasta qué grado!

—¡Mi marido! Sabrán ustedes perdonarme esta indelicadeza de alabarle... le debo todo... de señorita vana me ha transformado en mujer gobernadora de una casa... a él debo mis virtudes, si las tengo, de madre, mis ideas... todo, él ha moldeado mi alma, y labra la de mis hijos, poco a poco, como un orfebre... es la imagen de Dios en este hogar...

No necesitaba decirlo; bien se veía en ella la mano del *gran* Fernández.

—Me ha enseñado la manera de ser feliz en esta vida oscura y ajetreada por los hijos. Sí, muy feliz; te deseo para tu vida de casada la misma felicidad, y sé que con ello te deseo un paraíso. Yo no concuro a paseos, ni visto elegantemente, no tengo tiempo más que de poner orden en este barullo de familia menuda; pero esta cárcel de la casa con un poquito de

filosofía se convertirla en edén. A mediodía y al atardecer veo desde este balcón venir a mi marido de la fábrica, y como en esas novelas que tan cursis me parecían de soltera, hago yo el papel de madre feliz, el *ridículo* papel de madre de cromos y almanaques, (¡qué cosas tiene la vida!) yo misma me río de la sencilla felicidad que experimento al ver cómo en la calle han corrido los pequeñuelos al encuentro de papá, y no le dejan andar abrazados a sus rodillas...

En aquel momento, como protestando de su postergación dió unos agudos lloros el nene de pecho en un cuarto inmediato. Como la casa era reducida, adquirió resonancia de ofensiva caja de *música*. Angela hubo de ruborizarse de aquel inconveniente.

Se despidieron entre el barullo del llanto del chiquito.

—Ese pispaño... les digo a ustedes que

con estos calores y la dentición me está dando una guerra....

Arturo explotó cuando se vieron fuera de la casa:

—¡Famosa visita! Sabía yo que me iba a aburrir... pero ¡cómo!, ¡qué terrible mujer esa!...

En cambio Herminia estaba emocionada profundamente, en ese precioso momento en que un hombre puede convertir a una mujer, de chiquilla frívola, en magnífica mujer... en uno de esos momentos en que Fernández haría de la colegiala pizpireta aquella Angela Rubio...

—Estás preocupada,—observó Arturo —con lo que has oído a esa mujer... pero piensa que tú, casada, no has de llevar su vida aperreada y esclava. En nuestro mundo las casadas no son como esas de la clase baja... tú no has de criar a tus hijos... seguirás tu vida de siempre... siempre serás la misma...

## SEGUNDA PARTE

### I

**A**L arrancar el *auto*, al vaivén un poco brusco, Herminia se cogió del brazo de su esposo; sintió un leve vahido, un ligero sudor frío en la frente y un desvanecimiento de cosas ante la vista; se quedó muy pálida.

—¿Te pones mala, mujercita?

—¡Oh, no!..., ya pasó..., un poco de mareo, ¿sabes?...

Y entonces, hasta la punta de la lengua la vino el *secreto*..., la *estupenda* noticia..., pero no..., todavía aquella vez no se atrevió..., la daba tal vergüenza..., no, no se atrevió..., arreboló sus mejillas el carmín de la vergüenza.

—Sí; ya se conoce que se te pasó, te habías quedado pálida, pero ya vuelven los colores...—agregó el esposo mirándola brevemente.

Estaba Arturo muy preocupado; reanudó luego su charla anterior, nerviosa, exaltada, sobre el asunto que embargaba su alma aquel día: la elección de presidente del Sporting Club; aquella tarde iba a celebrarse.

Arturo aturdí a su esposa, barajando nombres de candidatos al honorífico puesto. La importancia del cargo, había suscitado codicias y ambiciones; concitado luchas e intrigas, y traía, desde hacía algunas semanas, revuelto y desasosegado al gran mundo de los elegantes, de los *sportmans*.

Todos aquellos hombres, de brillante posición, para quienes parecería no guardar ya nada que desear esta vida, se despedazaban en intestinas luchas; quebraban lazos de viejas amistades; cons-

piraban en contra unos de otros; se afanaban, se cansaban; perdían sueños y tranquilidad, al objeto de recabar en favor propio o en el de amigos o allegados, votos para ocupar la directiva del *Sport*. ¡Extraña lucha de los grandes!...; los felices, sentían las amarguras de desencantos y traiciones; los hartos, pasaban hambre de vanidades; los millonarios, mendigaban votos y promesas de los más oscuros socios; los orgullosos, se abataban hasta lo más bajo; los nobles, los encasillados en la heráldica de remotas alcurnias, se degradaban con arterias y astucias y bajas luchas por aquel puesto. ¡Ahí era nada: ser el *Sporting-club's master*; el presidente del Casino más elegante de la región, quizá de España; el árbitro de tres agrupaciones de *sport*: el *Racing-club*, *Skating-club*, y el *Nautical-couses*!

A pesar de la buena voluntad que ponía en ello, Herminia no acababa de com-

prender, sino a medias, la importancia honorífica de tal cargo. Su marido se había enfrascado en exponerla las excelencias de aquel puesto, pero ella, perdiendo el hilo de la conversación, se distraía con sus ideas propias.

—¿Y merece —pensó— esta presidencia tanta importancia como la dan todos estos señores, que, faltos quizá de motivos serios de preocupación, toman tan a pecho aquella elección?

—Nuestro presidente—encomiaba él—, se corresponde directamente con todos los *Club's Master* de Europa, es invitado de honor a las regatas internacionales de Kiel...

Pero Herminia se distraía de nuevo: ¿Qué tenía que ver todo aquello en importancia, a pesar de la que le daba Arturo, si se comparaba con su *secreto*?

El *auto* paró inesperadamente en medio de una calle.

—Arturito, ¿vas ahí? Subo..., he de

contarte cosas sensacionales...—dijo una voz muy aflautada, y abierta la portezuela del coche, se presentó saludando con muy finas maneras familiares, un señor gordo y bajo, rasurado a la inglesa, ataviado con un traje raro de deportista, tocada la cabeza con tamaña gorra blanca, adornada de escudo e iniciales de una agrupación deportiva.

¿Pero era aquella voz tan aflautada de tal señor? Parecía increíble; viéndole tan rechoncho, con tales amplitudes de hombros y vientre, con tantas canas bajo la albura informal de la gorra, se creería que aquel sér habría de emitir una voz madura, de tono bajo, un vozarrón algo cascado de viejo gordo. Pues no, era risible la sorpresa; su voz era un chillido infantil e infantiles eran sus pensamientos en aquella cabeza, demasiado pequeña para el volumen del cuerpo; infantiles sus palabras en aquellos labios, demasiado colorados para ser de un viejo...;

aquel vejestorio se pintaba el rostro..., y pensaba a lo pájaro..., y era *sportman*...

—Hola, Severiño—le contestó Arturo haciéndole sitio en el coche.

Herminia le saludó con una inclinación de cabeza. Arturo le explicó que iban al *Skating-club* a la sesión de clausura de la temporada; allí dejaría a su esposa, y él, iría al *Sporting* inmediatamente...

—Inmediatamente... sí... y más, cuando te enteres de lo que voy a decirte—añadió el viejo con tono misterioso con su voz de sapo.

Era un tipo muy ridículo el tal don Severo, a quien sus amigos, quizás para suavizar la paradoja que resultaba entre el nombre y la persona, llamaban *Severiño*; muy ridículo con su *polaca*, coloreada de cera, ceñida de trabilla, ajustada con *tablas*, adornada con botones absurdos, perifollada con bolsillos exteriores de cartera, y tocado con aquella gorra blanca, tan escandalosamente blanca sobre su

cabeza sexagenaria, gorra en cuya visera fulgían un escudo dorado y dos banderitas de esmalte, y un jeroglífico de iniciales, que maldito lo que le importaba al mundo descifrarlas: R H H-A y C-C.

Les oyó hablar Herminia con tal acaloramiento a veces, que Arturo manoteaba en el aire con gestos enérgicos, como conteniendo con invisibles enemigos. Entonces, secundaba el anciano la actitud de su esposo..., se le encendían los ojillos y se le congestionaba la cara con un calor digno de mejor causa:

—Eso es una infamia—decía—. Bermúdez es un traidor: eso es canalla, así no se hacen elecciones... Y ¿sabes? Yo poseo el secreto resorte de ese manejo..., su *racer*..., el *Adamastor III* que no resiste ya nuestro *race ground*, porque no se tiene de viejo..., le quiere preparar un *record* de ventaja en las próximas *handicaps*..., está visto el juego... eso es una infamia.

Y se puñeaba el pecho, sobre los bolsillos de cartera, con gran coraje, próximo a la congestión.

¡Se iba a abreviar la vida aquel viejo, con tales accesos de indignación innecesaria!

Y otras veces, en súbita metamorfosis de tonos, conversaban en voz tan baja que ella no les podía entender; juntas las cabezas como dos conspiradores: la voz de don Severo sonaba entonces arrastrándose por sobre una ronquera asmática, que le hacía toser convulsivamente.

—¡Qué viejo estás —pensaba entonces Herminia—, ¡ya sueñas maduro para la otra banda!... y tienes todavía humor para estas cuestiones de *sport*..., y se sonreía inocentemente satisfecha, infantilmente vengada con aquella reflexión, hecha a costa del viejo, de la indiscreción de hablar bajo y de cosas que ella no entendía, y de haberle atrapado la atención del marido, precisamente entonces, en aquel

momento que ella había escogido para revelarle la importantísima noticia...

Llegaron al *Skating-Club*. Arturo condujo a su esposa a un grupo de amigas, y en el breve trecho a solas, la dijo radiante de felicidad:

—¿No sabes, mujercita? ¡Una sorpresa! No te lo quiero decir hasta no tenerlo seguro. ¡Dios mío, sería demasiado!

—Pues oye, Arturo, yo también—muscitó Herminia poniéndose muy grave y muy colorada—, yo también tengo que darte una noticia...

—De la elección? ¿Sabes tú algo, por ventura?

—No es de eso.

—Ya, ya me la dirás; ahora, ¿comprendes?, tengo mucha prisa..., va a empezar el escrutinio en el *Sporting*..., voy allá con *Severino*..., después vendré a buscarte; entonces, acaso ya podré decirte mi noticia..., no lo adivinarías nun-

ca...; si fuera cierta, sería excesiva felicidad.

Herminia, entre sus amigas, quedó abismada en honda reflexión...; ¿qué sería aquello que la tenía que decir su marido tan dichosamente extraordinario?... , excesiva felicidad...; ¿sería más excesiva que la que le podía proporcionar la noticia de ella?

No era bastante a sacarla de su ensimismamiento, la animación extraordinaria que ofrecía el Club. Se patinaba con ardor: pasaban por la tersa pista, en raudas vueltas, patinadores aislados; parejas enlazadas de las manos; grupos de ellos y ellas en armonioso conjunto, deslizándose velozmente en caprichosos giros, separándose y agrupándose en artístico juego. Entre el sordo rodaje de patines, sonaban las voces nerviosas en el trajín del deporte; se desgranaban risas juveniles, vibrantes bajo la rotonda de cristal; había murmullos animados y gri-

tos destacándose de un grupo y de otro, en tumulto alegre,

—¿Una vuelta, Herminia?—La saludó un joven muy simpático, primo de su marido, presentándola graciosamente unos patines.

—No, gracias; no, no...

—Me enfadaré entonces, primita, si no aceptas un paseo nada más que porque *no, no*.

—Es que estoy algo indispuesta..., ¿sabes?, temo marearme.

—¿Marearte? De que no sea así me encargo yo, con mi maestría de patinador sin rival, y valga la inmodestia..., pero, en fin... como gustes, temo ser importuno insistiendo...; acuérdate, sin embargo, de otras veces..., lo que te gustaba siempre patinar conmigo...

Era verdad. Su primo era un campeón del patín; la seguridad de su carrera, la graduación maestra y siempre dominada de velocidades, los cambios suaves de

dirección..., sintió Herminia verdaderamente, tentación de aquel placer de patinar con su primo.

—Bien, bien; pero poco correr, ¿eh? Es verdad que estoy indispuesta.

—Como gustes..., tú me indicarás lo que desees, tú dirigirás el paseo...; seré formal, palabra...

Con exquisita galantería, la calzó los patines; la tomó ambas manos, derecha con izquierda, y entrando en el círculo suavemente, comenzaron a deslizarse.

—¿Lo ves, tontina? Así..., poco a poco..., ¿por qué te has de marear?

Desfilaban las demás parejas, los grupos de patinadores, las paredes, todo en cinemática procesión. La voz agradable del primo, halagaba el oído de ella.

—Pero, ¿te fijas qué patinadores de tres al cuarto? ¡Qué caídas más bufas!..., eso es dar resbalones, no patinar. Y otros creen que, por correr mucho, saben patinar: el arte es otra cosa; y así son en

todo..., son *sportmen* de profesión y no son artistas en ningún *sport*; tú ya sabes cuánto yo odio todos estos tipos...; mi única afición es el patín, y en él ya sabes que todos me reconocen cierta maestría, y sin embargo, cuando salgo de aquí, nadie conoce en la calle, al verme, que sé patinar; pero éstos..., los ves con sus trajes ridículos: esos calzones prietos, esas medias de doblez y de una cuarta de pelo, esos gorros de piel de oso, como si patinar aquí fuera atravesar los Alpes. Pues así los verás por la calle, en estrambótica ostentación; de buena gana gritarían a los que pasan indiferentes por su lado: ¿Pero es que no se fijan que soy un patinador? Además, yo tomo el patín por distracción: como gimnasia agradable; no con esa obsesión con que se consagran al *sport* todos estos distinguidos holgazanes, en quienes para que se cumpla la ley inevitable del trabajo humano, no queriendo ellos aceptar el trabajo útil

que Dios prescribe, se ridiculizan con este trabajo estúpido del Diablo...

En el calor de su charla, el primo, sin darse cuenta, había impreso mayor velocidad a la carrera; las vueltas fueron más rígidas; los cambios, más rápidos y duros; el desfile de la perspectiva, fué vertiginoso...

—Basta, basta—clamó Herminia.

Paró casi en seco el excelente patinador; salieron de la pista. Herminia se había puesto muy pálida; parada como estaba, aun creía que seguía dando vueltas, o mejor, que todo volteaba en torno de ella, que se movían las paredes, que ondulaba el suelo como un mar, que se abatía la bóveda rotunda de cristales..., tuvo un leve desvanecimiento. Se apresuraron las amigas..., eran frecuentes estas escenas de desvanecimientos en el *Skating*..., en seguida hubo a mano sales... y Herminia volvió en sí.

Lo primero que vió, fué el rostro ra-

dlante de alegría de su esposo, que en aquel intermedio de tiempo había vuelto del *Sporting*.

—Ya se pasó, ¿verdad?—dijo llevándola algo aparte—. Bueno; pues ahora, la noticia estupenda que tengo que darte es..., ¿a que no lo aciertas?... Amiguita..., ahora puedes enorgullecerte yendo de mi brazo: soy el presidente del *Sporting Club*..., me acaban de elegir...

Herminia palmoteó; fingió excesiva alegría..., porque no, no experimentaba tanta como demostró; pero veía a su Arturo tan entusiasmado, que hubiera sido cruel siendo sincera.

—Y ahora — dijo cobrando repentina audacia..— lo mío..., te voy a dar mi noticia..., es más importante...

—¡Ca!—expresó él en un gesto de incredulidad.

—Escucha...

Herminia se ruborizó, cerró los ojos, acercó sus labios al oído de él... Ya es-

taba dicho, respiró, abrió los ojos y miró a su marido...

Tenia él entonces una cara rara; luego volvió a su anterior expresión de gozo y le oyó decir:

—Bien, bien, tenía que venir: pronto seremos padres; ahora, a cuidarte...

En aquel momento, le rodeó una multitud entusiasta de aclamadores. La noticia de la elección había cundido rápidamente; se suspendió el patín; rodearon a los esposos, amigos antiguos o espontáneos, dándoles férvidas enhorabuenas. Las señoras felicitaban a Herminia; manos efusivas buscaban y se disputaban las de Arturo, para sellarlas con un apretón de cordialidad.

Herminia oyó a Arturo murmurarla al oído entre el magno rumor de parabienes:

—¡Dios mío! Demasiada felicidad...

Ella se emocionó: su marido se refería sin duda a la revelación de ella; pero no, luego le oyó murmurar a continuación:

—¡Haberme elegido presidente!

Y tuvo entonces ella un derrumbamiento interior de ilusiones; algo se cayó dentro de ella como ruinas tristísimas de un altar de ensueños.

—Y así—pensó—, así..., bien lo veo.... más importancia da Arturito a lo otro, a lo del Club... Pero después de todo, quien sabe si la tiene. Esto mío es natural; ya lo dijo él..., tenía que venir..., en tanto que lo de la Presidencia..., esto era lo extraordinario, lo honorífico, lo importante. Sometida si no esta cuestión al arbitraje de toda aquella concurrencia del gran mundo, ¿qué decidiría?

Bien claro respondían aquellos transportes de entusiasmo en favor del nuevo presidente. Herminia se sintió enorgullecida, participe del general entusiasmo, casi relegó a término secundario, la importancia de su *estado*..., aquello de la Presidencia sí que era importancia..., y en un momento culminante de aclamación

nes y vítores, estuvo tentada a unir su voz a la de los aclamadores:

—¡Viva el nuevo presidente..., hurra Arturito Somoza..., hurra...!

**E**L carácter de don Teodoro se había agriado extremadamente: su negocio fabril había sufrido quebrantos y decaimiento. La prosperidad o adversidad de sus negocios ejercían presión absoluta en su alma, haciéndola feliz o desgraciada; la conciencia de aquel sér era como un libro de *Caja*; era una vida simbolizando una fórmula de cotización; la encarnación de vicisitudes financieras. Respondía el alma del fabricante, como el mercurio a la acción térmica, al sube y baja de sus negocios.

¿Que estos iban en alza? Entonces era un hombre tan feliz, que se le desbordaba hacia afuera la felicidad, irradiándola sobre los corazones de los que le rodea-

ban; entonces era amable, comunicativo, de trato muy agradable y ameno; se preocupaba de la felicidad e interioridades de los suyos... y hasta encontraba soportable el carácter intransigente de su esposa.

Pero cuando acontecía que tropezaba con algún contratiempo la marcha de sus asuntos, entonces su carácter se tornaba duro, insufrible, suscitaba disputas y desavenencias en el hogar; y hacia de éste, y de todo cuanto le rodeaba, un infierno.

Por aquel entonces le había planteado una formidable competencia en la peletería cierta fábrica catalana; le había forzado a afinar tarifas, a alambicar precios; los beneficios habían sufrido un quebranto notable...

Era aquella la primera competencia seria que en su vida fácil de industrial había experimentado. Siempre el triunfo había acudido al primer simple llamamiento de su esfuerzo. Ahora el éxito... ese torna-

dizo azar... se le mostraba reacio, hurafío, casi hostil.

La vida se le amargó.

Perdió todo sosiego de espíritu y de cuerpo; ahora sí que tenía prisas en todas partes; un cosquilleo nervioso de impaciencias, un anhelo infinito le traía y llevaba zarandeado aquí y allá, lanzado su automóvil en locas velocidades.

Dormía poco, atormentado de pesadillas, que le hacían saltar en sueños del lecho y encaminarse a su despacho, donde por fin despertaba sobresaltado, afanándose aún sus dedos en ojear una correspondencia imaginaria; o al choque de su frente contra el aparato del teléfono soñando que contestaba llamamientos que sólo en su cerebro delirante habían sonado.

Aquel desventurado señor, que había cifrado toda la suma y fin y anhelo de su vida en el *negocio*, era digno de lástima porque todas sus buenas cualidades ve-

nían por tierra al embate del primer desaire de la fortuna; porque perdía la paz del alma y se envilecía... y se quitaba la vida a disgustos él, que era millonario, por causa tan grosera como la baja de unos enteros en sus beneficios.

Vida vana... ¿también la suya era vana? También eran vanas sus angustias, sus trajines, sus insomnios.

¡El trabajo! Es tan deplorable la miseria humana que se las compone para trocar una virtud en vicio. Trabajo, tú, que besas con auras celestiales las frentes sudorosas; tú, que en las marchitas sienes dibujas con arrugas diseños de laureles; tú, que aureolías las cabezas cansadas, cuando se doblan, como flores agostadas, sobre los pechos; tú, que unges con un bálsamo de gloria las manos cansadas y los brazos laxos, de músculos distendidos y aflojados, pendientes a lo largo de cuerpos agotados: tú, ¡oh trabajo! cláusula de una sentencia divina, merced a la cual

tornó el hombre a la gracia de Dios; ¿asi también, de este modo, puedes trocarte en vicio tirano y abominable; también puedes materializar al hombre, y sorberle todas sus nobles potencias del alma, y convertirle en un vil esclavo autómeta y miserable, juguete estúpido de los vaivenes de la suerte? Tú, trabajo, que tienes en el haber de tu gloria tantas magnificas hazañas; tú, que renuevas y embelleces la tierra, y descubres astros, y dominas mares y aire, también tienes estos ignominiosos hechos de envilecer almas, haciéndolas olvidar su verdadera misión, su Dios.

¡Qué lástima tan grande! Don Teodoro por su vida de trabajo podía ser un gran hombre... y era un gran engañado... También su vida, como la de los frívolos, como la de su yerno... también era su vida vana...

—Teodoro, me voy a casa de nuestra hija; debías venir tú también.

El fabricante levantó la cabeza de sus

papeles y lanzó a su esposa una mirada de mal humor. La señora estaba en traje de calle, había entrado en el despacho sin ser sentida de su marido, y bruscamente con aquellas sus palabras, mitad invitación, mitad reproche, le había arrancado de la absorción de su trabajo.

—Siempre así de inoportuna... ¿no me ves trabajando? ¿Tengo yo mi tiempo tan de sobra para visiteos inútiles?

—No son visiteos inútiles. Nuestra hija lleva varios meses en ese estado delicado de la mujer, en que se precisa más asidua comunicación de padres e hijos, y tú apenas la has visto dos veces en tanto tiempo; su estado físico y moral...

—Déjame de pamplinas y sentimentalismos...

—Bien dejado estás, pero eso no es conducta de padre,—y lanzando esta arma en la huida, salió ella que conocía el temperamento de su esposo en días de malos negocios.

Aquellas crueles palabras soliviantaron el alma de él; se alzó bruscamente, derribando tras sí, con estrépito, el sillón, revolaron papelorios...

—Lenguaraz...

Cuando se halló sólo, la invectiva iracunda fué declamada contra las paredes de la estancia sin poder ser contenida:

—Y así entre todos me estáis haciendo aborrecer la vida... Me quitáis la atención que necesito consagrar a mi negocio, y mi negocio se arruina... ¡mal padre! Tú eres la mala madre para ella... famosa boda la preparaste... un aristócrata arruinado, inútil para la vida seria... y ya has visto qué tal marido hace... su locura de *sport* llena su corazón... la mujer es secundaria... más obligación que yo tiene él, en estos meses que van pasando, de no apartarse de su mujer... y hace la vida en el casino.

Todavía duraba el monólogo catilinario cuando un sirviente le entregó el papelito

de un despacho telegráfico, llegado con carácter urgente.

Este telegrama fué aceite vertido sobre la hoguera de su desazón; las pocas letras del despacho le anunciaban nuevo contratiempo para su industria; corrió desatinado al teléfono y llamó a Fernández, que entonces se encontraba en la fábrica, le llamó angustiosamente, urgentemente, con voz que el aparato haría aún más temblorosa.

¿En qué iba a parar aquello? ¿Cómo se iba a remediar, a poder sufrir tanta desgracia?

Como contestación providencial a tan angustiosas preguntas, sonó un llamamiento discreto a la puerta del despacho, y entró diligentemente Fernández. Allí estaba el gerente, venido a escape; su actitud era interrogadora, pero como siempre, noble e imperturbable; el hombre superior, el *gran* Fernández...

—¡Qué desgracia, amigo... este tele-

grama... lea, lea... la expedición de gamuceria detenida en la frontera francesa, y como aquella nación está en guerra, decomisada como contrabando... veinte mil duros... que ¡Dios sabe si se embolsarán, y cuándo!... soy muy desgraciado, amigo Fernández...

—¿Muy desgraciado?—dijo con voz tranquila el gerente; le causó lástima su principal; verdaderamente era desolada y triste su actitud.

—Don Teodoro—continuó el subalterno—la confianza con que usted me honra me alienta a hablarle con cierta libertad: ¿muy desgraciado usted, cuya sólida situación financiera no sufre quebrantamiento esencial no sólo con esa supuesta pérdida, pero ni aún con la de la fábrica entera? ¿Usted con sus millones reembolsados y completamente libres de las vicisitudes de su industria, se vé desgraciado por pérdida para usted tan insignificante? Sufre usted, pues, en vano. Este y todos

los contratiempos que están sobreviniendo de un tiempo a esta parte no merecen los desasosiegos y penas de usted. Con su larga práctica de toda la vida, ¿no sabe usted lo que son reveses y competencias? Y aun dado caso que echasen por tierra toda su fortuna... aun esto no debía arrebatarse la paz del alma y la felicidad: porque la paz y la felicidad del corazón humano sólo la debe dar o quitar una cosa, una sola: las buenas o malas acciones: el único motivo verdadero de desasosiego son los remordimientos; la conciencia, la única fuente de felicidad o desgracia; estas dos cosas, felicidad o desdicha, nacen en uno mismo, no deben venir del exterior, son subjetivas; no existen en el mundo desgracias verdaderas, las hace el hombre pecando.

Don Teodoro le miraba con indecible gesto de su estupefacción; pero ¿se había vuelto loco su gerente, aquel poeta-filósofo metido a fabricante? Encontraron sus

ojos estupefactos los ojos de Fernández, tan ingenuos, pero tan serenos, tan augustos...

—Sí; — continuó Fernández, con su magnífico aplomo de seguridad; aquella seguridad de juicio en los momentos difíciles, que tanto admiraba don Teodoro siempre.—La ley del progreso, la necesidad de prosperidad material, las ansias de acrecer el bienestar y la hacienda, son como leyes no escritas, pero metidas en el corazón del hombre por el gran Hacedor. A este afán de progreso se deben los maravillosos prodigios de la ciencia y del arte y la liberadora dignificación de muchas almas, a quienes el trabajo, el estudio, este desasoslego y ansia de saber, arrebataron a alturas gloriosas, más cerca de Dios. Pero el justo medio en todas las cosas... esa es la virtud y la verdad... los excesivos anhelos del hombre trabajador como usted son miserias vanas; no hay que hacer depender la paz interior de

ese mar tan pronto calmadamente favorable, tan pronto borrascosamente hostil de la fortuna: la paz del alma, como tesoro preciado, se ha de colocar fuera del alcance de estas groseras borrascas de la vida... como esas blancas aves marinas que vuelan sobre las tormentas del océano, sin que a sus alturas logren ascender para mancharlas los salivazos de las olas encrespadas.

Más y más se iba convenciendo don Teodoro de que repentina chifladura había trastornado a su gerente.

Porque a todos los hombres vulgares, en cuanto oyen un lenguaje superior les asalta esta sospecha acerca del desequilibrio mental del que les habla.

¿Y era aquél—pensó—su *gran* Fernández, cuyo sereno consejo siempre le había sacado de apuros e indecisiones...?

—Veo, querido don Teodoro, dibujada la extrañeza en su rostro, oyéndome. Tenía muchos deseos de hablarle así todos

estos días; hoy he aprovechado esta ocasión, no sé si muy oportuna... Me ha inspirado el gran amor que le profeso (han unido nuestras dos vidas unos mismos vínculos de trabajo); y la gratitud hacia el hombre que premió largamente mi buena voluntad y esfuerzos, y derramó abundancia en mi hogar. Yo quisiera arrancarle de su ofuscación, de sus agitaciones, de su absorción total del trabajo...

Afortunadamente para la paciencia de don Teodoro, próxima a agotarse ante aquel comienzo de nueva perorata filosófica, entró un sirviente.

—Un aviso urgente, señor: la señorita Herminia se ha puesto mala.

Mala... ya supuso don Teodoro lo que aquello quería decir: se sonrió muy nerviosamente, paseó excitadísimo la estancia, se le notaba perplejo, atormentado por la indecisión...

—Ya sabrá usted Fernández... es que mi hija...

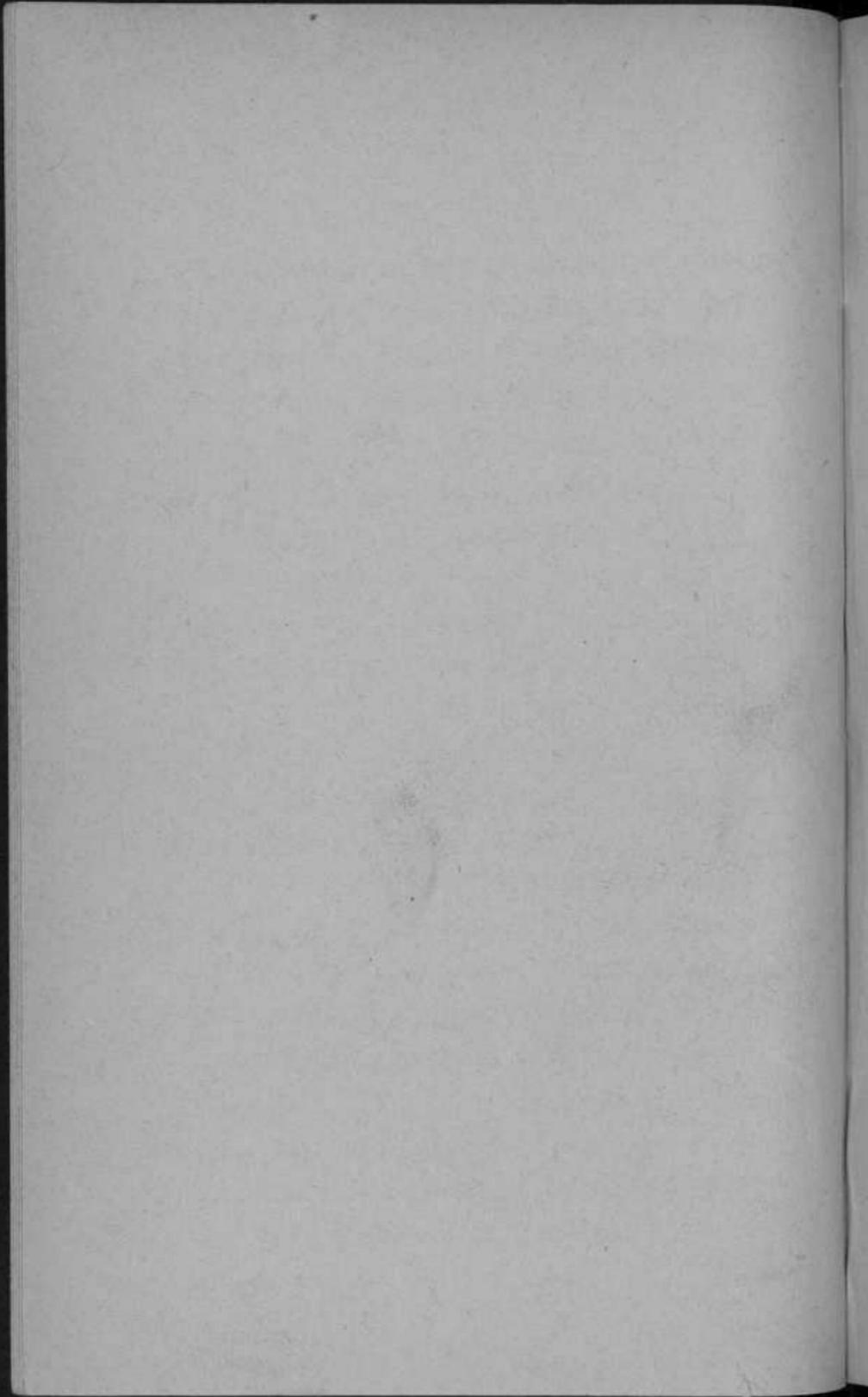
—Sí, lo sé, don Teodoro... una gran noticia... un acontecimiento que, si, como es de esperar de la misericordia de Dios, se desarrolla con felicidad, compensa con muchas creces, anula del todo ese otro suceso de la gamucería: querido amigo... ¡mi enhorabuena! hoy, un gran día...

A despecho de la reciente sospecha de desconfianza, volvió don Teodoro, como en todos los momentos difíciles, a entregarse en brazos de su consejero de su *otro él*, de su *gran* Fernández.

—¿Qué hacer, Fernández, qué hacer?

—¿Que qué hacer, querido don Teodoro? El hacer hoy me toca a mí sólo; usted huelga de estos materiales quehaceres, yo haré la reclamación reglamentaria de ese decomiso arbitrario de pieles; yo estaré en el Consulado de Francia y en el Gobierno Civil; yo telegrafiaré al Ministro de Estado... yo en la fábrica... yo en todo; esté tranquilo... Usted dedíquese con toda el alma a la felicidad de las pri-

meras horas de ser abuelo... Ya verá usted palpablemente cómo hay una cosa puesta muy por encima de lo que hace un momento le desazonaba... el amor de los hijos.



### III

**E**STABA Herminia desfallecida en un sillón. A ciertos intervalos regulares su rostro se encendía progresivamente; se revolvían sus ojos a todas partes; su frente se perlaba de sudores de angustia y sus manos se tendían buscando las de su madre. ¡El refugio de las madres: qué dulce en estos terribles trances de las hijas!

¡La madre! Allí la tenía Herminia, bien cerca de sí; bien cerca el consuelo y sostén de sus brazos, como cuando era pequeña. ¡Oh, cuánto lo necesitaba ahora!

Esto sí que era serio... esto sí que no eran sus disgustos fútiles de señorita mimada, sus cómicas rabietas de tocador... En la vanidad de su vida hasta entonces, he aquí que hoy le acontecía una cosa

verdaderamente grave. Hoy aquella muñequita de salón y paseos, aquel maniquí de modas, estaba revestida de la augusta majestad de la mujer que va a ser madre... majestad que para ser más augusta es dolorosa.

Llegó don Teodoro con apresuramiento nervioso; la hija le tendió los brazos, sin levantarse del asiento; y con infinita angustia en la mirada pareció pedirle auxilio: el auxilio que el cariño de todos no la podían dar, porque aquel dolor atroz era cláusula de una sentencia de Dios.

El padre besó la frente sudorosa de la hija, que lloraba... ¡Pobre Herminia!

En estos trances tremendos de la vida, la criatura tiene que estar sola, indefensa bajo la garra del sufrimiento... aquí nada remedian mimos de padres, ni pujanzas de dinero, ni alardes de la ciencia: sola la criatura, sin amparos ni lenitivos, a merced de la voluntad de Dios, tendida sobre el ara del dolor.

—Arturo... Arturo...—sonaba quejumbrosa la voz de ella.

A todo escape andaban buscándole, del Club al Campo de polo y al Hipódromo, y a todos los sitios que en sus costumbres solía frecuentar a tal hora.

Aquel acontecimiento de Herminia sorprendió a todos por adelantado.

El médico hacía sus preparativos en silencio y pensaba: Todas las mujeres madres han de pasar por este tormento, altas y bajas; mujeres baqueteadas por andanzas de la vida, y estas mujeres mimadas de la suerte; la maravillosa igualdad ante la ley de Dios... todas las mujeres a esta hora, iguales... todas hijas de Eva...

El doctor, muy habituado a aquellas escenas de familia tan emocionantes, era el único que hablaba, de intervalo en intervalo, en las cada vez más cortas treguas de silencio que el tormento gritador de Herminia concedía.

—Recientemente unos *sabios* querían

idiotamente torcer la ley de Dios: han preconizado un invento que anula estos dolores tan augustos... estúpida pretensión... los ensayos de este invento han producido víctimas... es ridiculez pretender contravenir a leyes naturales, dar un mentís a aquellas altas palabras: parirás tus hijos con dolor.

Ultimó el doctor todos los preparativos, dió las últimas órdenes a la *profesora*, e instalaron a Herminia en su gabinete, contiguo.

Don Teodoro paseaba muy pálido; su esposa lloraba en un rincón, en silencio.

En aquel momento llegó Arturo precipitadamente: había oído desde la entrada de la casa los gemidos horripilantes de su esposa, estaba consternado, de color de cera.

En aquel instante sonaron en el gabinete, sofocados y débiles, tiernos, unos vagidos, más dulces y tenues que de corde.

rillo: el primer llanto del hombre recién nacido.

Aquel vagido... La abuela se levantó llorando a gritos, clamando: Gracias, Dios mío. Don Teodoro le sintió sonar dentro de su corazón, profirió palabras incoherentes y vacías, y acabó llorando como su esposa. Arturo temblaba de emoción... aquel vagido... aquello era un hijo suyo...

A los pocos momentos sacaron a la criatura ya lavoteada y perfumada y arrebujada en mantillas. La abuela fué la primera en besarla, no la quería soltar; se la arrancó el fabricante, en infantil disputa, y la contempló arrobado: los ojillos recién abiertos, que aun no veían; la cara sonrojada, más suave al tacto que la felpa, las manucas descarnaditas y tan tiernas...

—Arturo, Arturo... un niño... tenemos un mozo.

El padre sentía una impresión muy nueva, muy honda en el corazón... aquel chiquito, tan suyo... llamaba a las puertas de

su vida tan frívola; una llamada sería hecha a su corazón de padre...

Sonó la voz de Herminia débil, pero contenta.

—Traédme lo... que no le he visto.

Se lo llevó el abuelo, que no le había querido soltar.

Estaba don Teodoro poseído de una alegría que hacía muchas semanas no había experimentado, desde que sus negocios declinaban. No, ciertamente entonces no se acordaba de su fábrica, ni de su reciente contratiempo de la gamuceria decomisada.

Herminia estrechó contra su pecho al niño... aquel pequeño sér bullente y tibio junto a su seno. Sobre la frentecita de seda posó con unción mística, su primer beso de madre,

#### IV

**P**ERO se malogró esta primera llamada de la realidad, hecha, en el nacimiento del niño, al corazón de aquellos seres de vida vana.

El pequeño se crió fuera de la órbita de la vida de sus padres, que siguió siendo la misma.

A ciertas horas del día, Fabiana, el ama de cría les traía el niño muy limpio, recién fajado, para que le besaran y se recrearan con él.

Entonces el padre le cogía en brazos con precaución para no mancharse, porque el pequeño Teodoro tenía el estomaguillo poco educado, y de su boquita rosada brotaban en el momento menos pensado surtidores poco pulcros.

La madre sentía al verle repentinos arrebatos de amor, le asustaba a voces amorosas: *estrella... rey... amor...* le apretujaba y besuqueaba, hasta que Teodorito concluía por incomodarse y llorar. Entonces se le llevaba Fabiana, y hasta otra vez.

A veces, Arturo comía fuera de casa, atareado en las múltiples ocupaciones en que voluntariamente se había enredado con motivo de su cargo de Presidente del *Sporting Club*, y se pasaba días sin ver al pequeño; cuando regresaba a casa era tarde; el pequeño dormía y por no despertarle...

El padre, a quien se le pasa voluntariamente un día sin besar a su hijo pequeño... ¿qué padre es?

Y no era ser madre, serlo como lo era Herminia.

La maternidad no había hecho transformación en su alma ni en su cuerpo. Aquel breve paso tan grandioso del alum-

bramamiento no dejó huellas... Era la misma señorita que de soltera; tan frescamente bella; tan flexiblemente esbelto aquel su cuerpo que un día retorció en espasmos un martirio augusto. Era la de siempre. Con su mamá y con su marido asistía a tes, a recepciones, a teatros, a veladas de casinos. Como siempre trasnochaba... también encontraba al volver a casa a su hijito dormido, y por no despertarle...

Sólo era madre en aquellos breves instantes de las sobremesas; o en aburridas tardes de estancia forzosa en casa. Entonces se desbordaba, sí, su amor maternal, y tanto sobaba y molestaba al chiquitín, que éste llegó a tener miedo de aquellas explosiones de amor loco, y... lloraba de verla... no queriendo ir a sus brazos.

Entonces Herminia sentía celos de Fabiana; su hijito quería más al ama que a la madre... y era natural. Fabiana bregaba con él a todas horas, le limpiaba y vestía y amamantaba y adormía, y cuando

el pequeño abría, despertando, los ojos, los ojos de Fabiana eran lo primero que veía; y además el regazo de Fabiana era tan tibio, tan blando, tan maternal... no el de la madre... aquel seno encorsetado y duro, frío por la seda de los trajes, hostil por los obstáculos de cadenas y joyas... en cambio, el seno de Fabiana... Para el niño, según fué creciendo, era un tormento si se le arrancaba de los brazos del ama, para pasar a los de la madre.

El abuelo don Teodoro, deliraba por el chiquito, por su *tocayito*, como le llamaba. Pero en aquella época, apenas salía de su fábrica, sumido en la absorbente empresa de derribar aquella funesta fábrica catalana que le había planteado competencia. Y como casi nunca pisaba la casa de los hijos, había dado orden a Fabiana que le llevase el nieto a la fábrica todas las tardes. Pero Fabiana era una moza *soltera*, casquivana y presumida, y más aficionada a frecuentar los paseos

concurridos por soldados y estudiantillos, que el extraviado de la fábrica. Muchas tardes seguidas se pasaba el fabricante sin ver a su nietecito por culpa de ella...

—Un día la mato... esa *pendón*...

Daba las quejas a los hijos, pero... era el ama, había que hacer la vista gorda... el ama es un tirano en casa... es un *ama*... si se la disgusta, todo lo maman los niños, y puede tener graves consecuencias...

Y así el chiquito se crió casi extraño a los suyos... en brazos de aquella madre mercenaria... de aquella moza que convirtió un pecado en industria, que se alegró de su caída, porque la convirtió en señora, a quien se teme disgustar, vestida con lujo, holgazaneando, engordando como una bestia cebada, paseando sus ampulosidades de armatoste aiquillón de criar niños, de madre a sueldo de diez duros al mes y cuatro comidas diarias, entre la soez chirigotería de la soldadesca.

Un día en la sobremesa dió Fabiana una noticia del niño a los padres:

—Un diente... el primer diente...

¡Qué alborozo! Consiguieron tras pequeña lucha abrirle la boca y vérselo... un dientecín apenas salido, un huesecito blanco, como una perla engarzada en el estuche rosado de la encía.

Pero la sorpresa mayor fué precisamente el día del aniversario del nacimiento. Aquel día comían los abuelos allí. Fué un acontecimiento: Fabiana anunció que el niño andaba ya.

Y era verdad. Hicieron espacio conveniente; plantaron a Teodorito, de espaldas al apoyo de un rincón; y le invitaron a caminar, llamándole. Pero el chiquitín, asustado de aquella algarabía de voces, miraba a las caras de su abuela y de sus papás con gesto de extrañeza, y no se movía. Por fin el abuelo, sólo, le llamó, endiando a él los brazos:

—Ven, monada, *tocayito*...

El chiquitín le sonrió, cobró ánimos, movió torpemente las piernotas gordezuelas, taconeó, balanceó el cuerpo en equilibrio inestable, y se lanzó en carrerita perdida entre las rodillas del abuelo.

Estallaba de gozo éste: es mi amiguito, este pequeño hombre valiente, mi *tocayito*, un andarín temerario, con más riñones que un matador de toros.

Repitieron el trance dos y más veces. Siempre Teodorito vacilaba, y, emprendida la carrera, entre todos los brazos ablerios siempre escogía los de Fabiana o los del abuelo; y cuenta que éste tenía en su contra un inconveniente gravísimo: las barbas, las atroces barbas picantes y ásperas, martirio de las sedeñas mejillas del pequeñuelo.

Herminia sintió su corazón de madre apesadumbrado: aquel hijito, que nunca se había refugiado en sus brazos en sus primeros vacilantes pasos... aquella mira-

da de él tan extraña, tan exento de confianza, de amor...

¡Eso de no amamantar a los hijos!...

Fué un encanto cuando el pequeño rompió a hablar. Su primera palabra fué: *ama...* muy clarito; después... *mamá y papá*; algo más tarde dió en emitir un sonido nuevo: *lolo*, que quería decir: abuelo.

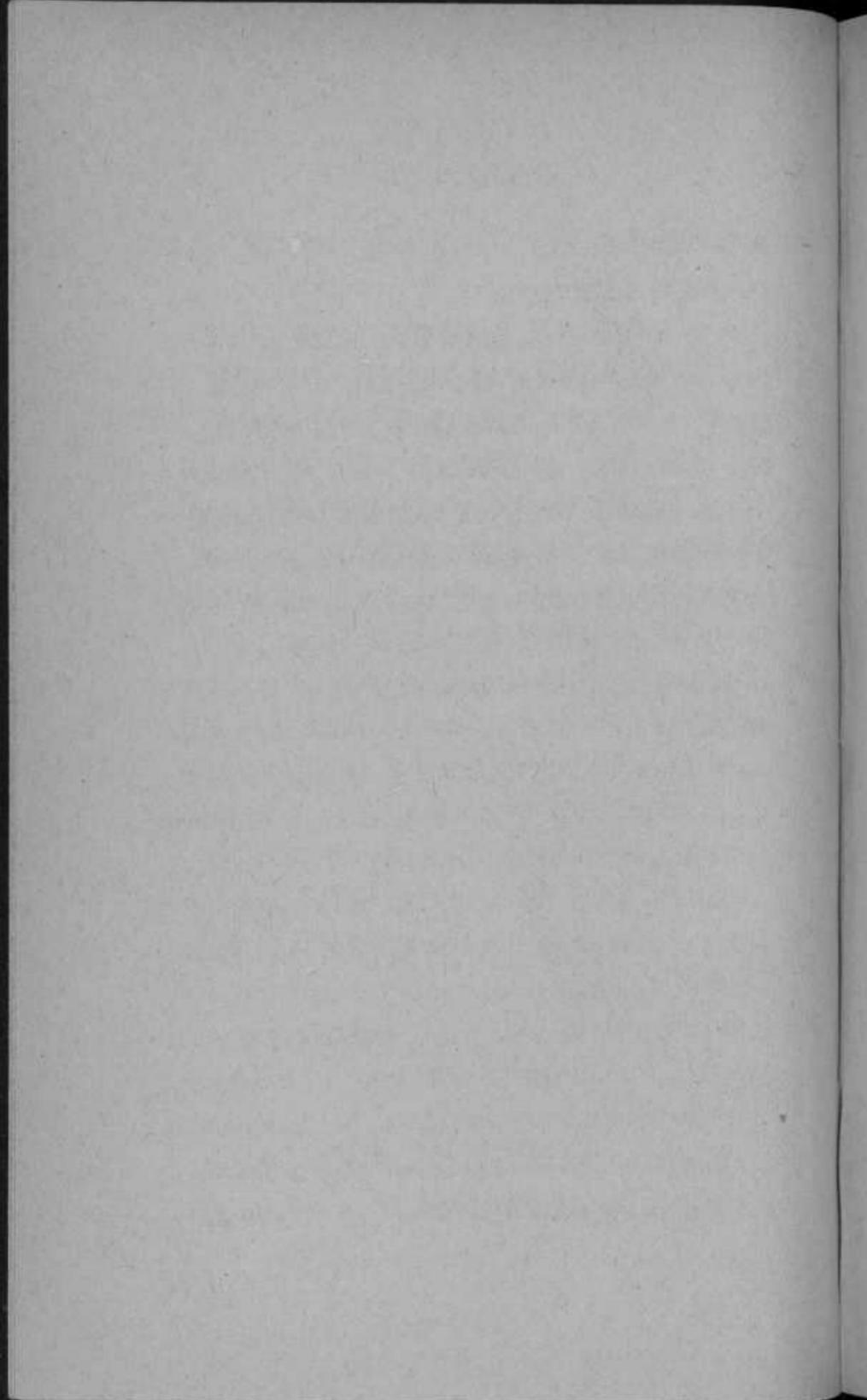
Y con la sencilla e irreductible lógica que Dios impuso a la naturaleza y al instinto, al mismo tiempo que éstas, aprendió una palabra para su necesidad personal, muy clarita y nada convencional, un monosílabo repetido dos veces, neta y escuetamente; era una monada oírse la decir; sin ambages de urbanidad ni de oportunidad de lugar o de hora. Y además otra palabra, también de imperiosa necesidad, pronunciada asimismo duramente, sonando las *tes* con imperio de exigencia, espaciadas las dos sílabas: *te ta*.

La abuela se resintió porque ni a duras

ni a blandas consiguió que aprendiera el pequeño a llamarla.

¡No le daba la gana! Los niños hacen justicia seca: no le era simpática la vieja, siempre la había visto tan perifollada, tan ensombrerada y envelada, tan de paso por la casa de los hijos para las reuniones de la alta sociedad, (su delirio) cuyos salones había podido, por fin, franquear del brazo de su yerno.

¡Bien empleado el desamor de su nieto, en castigo a su idiotez!



**C**UMPLIDOS ya los dos años, Teodorito comenzó un día a estar sin humor; sus ojitos se velaron de una sombra de tristeza; no tenía ganas de juegos ni le distraía nada; sólo quería que le dejaran en paz; hasta que le hablasen, le molestaba; horas y horas en los brazos de Fabiana, reclinada la cabeza sobre el hombro de ella.

Después, los ojos se le tornaron lacrimosos; daba pena verle tan triste, como si aquellas lacrimosidades fuesen un silencioso llanto por no se sabía que recónditos pesares.

El médico le reconoció brevemente, y fijándose en aquella lacrimosidad, en la rubicundez de la naricita, en la pesadez

de la mirada, en cierto principio de fiebre con irregulares focos de ardor, diagnosticó en seguida: *sarampión*,

—No se alarmen, señores, ¡si esto no tiene importancia..., el sarampión..., si todos le hemos pasado!...; un poquito de cuidado para que guarde siempre igual temperatura y el brote de la granulación sea igual e ininterrumpido, y fuera enfermedad..., es decir, si de enfermedad merece nombre este estado de tres días; un poquito de cuidado y nada más; se le acuesta, se le vigila para que no se destape con la incomodidad de la calenturita, y cosa de nada...

A la mañana siguiente, al reconocerle, se ratificó en su optimismo y se lo comunicó a todos: el proceso era inmejorable; pasado el período de incubación, ya había empezado el del brote, y les mostraba unos círculos rojos en la frente, en la barbilla.

—Hoy—continuó— se generalizará la

granulación, es el día álgido de la enfermedad; hoy se precisa mucha vigilancia y cuidado para que no se trastorne el brote. Por lo demás, el chiquito tiene magnífica constitución; el sarampión en esta naturaleza, cosa de nada...

Arturo consultó entonces al doctor:

—Esta tarde se verifica el Gran Concurso de Regatas organizado por el *Sporting Club*; soy presidente del jurado..., ¿podría asistir tranquilo al espectáculo o la enfermedad exige mi presencia en casa?...

—¡Oh! De ninguna manera lo exige...; lo que únicamente necesita el chiquillo, es que se le deje en paz; puede usted ir y su señora; pero con una condición, *sine qua non*...—recalcó entonces mucho las palabras para eximirse de responsabilidades...—Con una condición..., que una persona de muchísima, muchísima confianza, no pierda de vista al niño; hoy, el descuido más insignificante, es

funesto..., pero si una persona de suma confianza...

—¿El ama?—interrogó la abuela, a quien abrían los cielos las palabras de optimismo del doctor, a causa de sus deseos vehementes de presenciar las regatas.

—Eso, ustedes sabrán cuánto pueden fiar del ama; por otra parte, si es formal, nadie más indicada; por ser tan conocida y querida del niño, la atenderá y obedecerá mejor que a nadie... Pero eso, ustedes sabrán...

Aquella tarde, ya arregladas para ir al puerto, a Herminia la asaltó una desazón al ir a salir de casa.

—¡Dios mío!—dijo en alta voz—y dejar a este hijito tan enfermo...

Arturo frunció el entrecejo cargado de recelos y de ideas tristes, pero la abuela exclamó:

—¡Qué tontería! Tienes cosas, hija, de tonta. ¿No oíste al doctor: cosa de

nada..., y nadie más a propósito que el ama..., y lo que haríamos nosotros aquí, sería estorbar al niño, que no necesita más sino que se le deje en paz...? Arturo tiene obligación de asistir a ese acto por deber de su cargo.

El hizo un gesto afirmativo, muy enérgico, como hecho, más que a ellas, a preguntas secretas de su cargo.

—Y tú..., ¡bah, tontinal..., es pueril tu escrúpulo; por unas cuantas horas..., vamos a ver al chiquito, irás más tranquila.

Fueron. El ama se hallaba sentada a la cabecera de la cuna. El niño estaba muy tranquilo, con la carita encendida como una rosa, el pelito sudoroso pegado a las sienes; con los párpados entornados.

En aquel momento, llegó un obrero de la fábrica, portador de una esquila de don Teodoro.

«¿Qué tal el mocito? Cuidad mucho a mi amiguito, estoy muy contento; los en-

sayos, bien; mi única preocupación, el *tocayito*, cuidádmelo...»

El industrial, aquellos días, estaba ensayando una nueva composición química de acetatos curtientes. Le contestaron de palabra por medio del obrero: que marchaba bien la enfermedad; que había repetido el médico que era cosa de nada.

El enfermito, al rumor de la conversación, abrió los ojos y los fijó en su madre: estaba muy serio, con la tristeza de su malestar; aquella mirada fría y seria, se clavó en el alma de la madre...

\* \* \*

La tribuna que ocupaban en la bahía Herminia y su mamá, era de preferencia y estaba próxima a la del jurado, donde presidía Arturo, revestido de la importancia de su cargo.

Herminia había estado largo rato observando el rostro de su marido; notó

que éste hablaba poco, tenía una distraída actitud de ensimismamiento; su frente se fruncía a menudo, y en sus sonrisas con los amigos, ella, que tan bien conocía sus sonrisas, observó una leve expresión de forzamiento, un reflejo de tristeza.

—También él — pensó Herminia — se acuerda del chiquitín; también tiene remordimientos de haber venido, como yo.

Sí, como ella. No estaba su corazón presente allí, sino en otra parte: junto a aquella cuna de su hijo enfermito, sólo, abandonado a los cuidados mercenarios de... una madre de alquiler. Ahora le dolía en el alma, como un puñal allí clavado, aquella mirada de su hijo tan triste, tan seria, como un terrible mudo reproche. Era mala madre.

Las regatas iban a comenzar: sonó por señal la sirena del *gasolino* que acompañaría a los balandros. Pasaron estos en gallardo desfile delante de la tribuna

de Arturo; iban los esquifes livianos sobre el agua, saltarines como pequeños seres contentos, deslizándose en juguetona prisa unos en pos de otros; al viento el velamen blanco, donde era una nota valiente, como un reto caballeresco, el rótulo carmesí del nombre.

Sonaron aplausos nutridos de la muchedumbre; se agitó en entusiasmo la masa aristocrática de las tribunas; hubo rebullir de finas manos enguantadas de blanco, o cabrilleos de dedos ensortijados reflejando el sol.

Una de las hermanas Couto, la casada, muy enterada de aquel *sport*, explicaba a Herminia todos aquellos detalles de rúbrica:

—Ahora, ¿comprendes?, perfilan para rodear la boya de salida. ¿Ves aquel balandro que se titula «Myosotis, n.º 2», que es el de las hijas del barón de Grove? Ahora sale..., bonita arrancada..., incli-

na demasiado a babor..., desaprovecha viento...

Pero Herminia no la escuchaba; ¡tenía la dolorida alma tan ajena a todo aquello! Ahora su mirada vaga pasaba por sobre más allá de la bandada grácil de balandros, a plena mar, hasta el confín del cielo, donde unas brumas se doraban al sol de la tarde. ¿Cómo hasta aquel día no se había fijado en esto?, ¡qué magnífico el mar, con su oscilación tan eterna, tan gigante; indiferente a penas o a fiestas de los hombres, siempre con su trajín inconmensurable, rumoroso...

El público prorrumpió en un frenesí de aplausos: el «Fly», el gentil balandro de la condesita Eparza, había hecho una virada audaz, había desplegado en repentina maniobra todos los foques, y se le había visto saltar materialmente sobre el mar...; todos los gemelos seguían con nervioso anhelo, su volar sobre las aguas...

¡Qué vano pareció aquel entusiasmo a Herminia! Y todas aquellas señoras tendrían quizá también unos pequeños, necesitados de cuidados maternos...

Su mamá, viéndola preocupada, la habló bajo:

—No seas chiquilla, te martirizas tontamente con tu manera de ser..., ¡cómo se conoce que es el primer hijo...! Mira, precisamente Elvirita Couto, esa que ves aplaudir ahora tan entusiasmada, esa tiene dos niños, dos, no uno, enfermos de sarampión también: hay epidemia de esta enfermedad ahora; cuántas madres estarán en tu caso... y mira: ¿ves alguna cara preocupada? Diviértete...

Ella, la abuela, sí se divertía; estaba esponjada de satisfacción y dicha, no precisamente por la fiesta, cuya belleza artística escapaba quizás a su alma vulgar, sino por verse entre tan distinguida concurrencia en tribuna de honor; ella, la mamá política del presidente...

Pero Herminia sufría un tormento indecible; ¿aquello no iba a acabarse nunca? Terminada una serie, empezaba otra, con intermedio de interminables desfiles de balandros en simple parada de exhibición cosechando aplausos.

En uno de estos intermedios, Herminia, que encontró la mirada de su esposo, le hizo señas que se la acercara, y después, muy bajo, le dijo:

—¿Y nuestro hijito, Arturo? Manda el coche a preguntar.

Arturo la miró muy severo, muy contrariado, expresó su rostro una contención de coraje sin palabras, y por fin, la contestó una sola:

—¡Impertinente!

Bien comprendió ella la significación de aquella rabia absurda, inmotivada: era que le había tocado en la llaga.

En efecto, Herminia observó que Arturo, de nuevo en su tribuna, daba una orden a un *groom* del Club..., y pasados

varios minutos, el *groom* le trajo contestación. Ella, que no perdió ninguno de estos pormenores, vió a su marido escuchar con atención, y que luego la buscó con la mirada y la mandó una sonrisa tranquilizadora y el *groom* vino también, por mandato de él, a ella, y desde abajo de la tribuna, la dijo unas palabras.

Herminia no las oyó, porque justo en aquel momento, una salva de aplausos estalló: el «Butterfly», de las señoritas de Rego, estaba salvando un zig-zag de boyas en una carrera de guiñadas con velocidad temeraria, que electrizaba de entusiasmo a la muchedumbre.

—Estúpidos todos—pensó Herminia—. ¿me dejaréis oír?

—Que está muy bien..., durmiendo...

Por fin... se habían acabado las regatas. Herminia voló, arrastrando a su madre, al lado de Arturo también éste, bien lo notaba ella, se había alegrado de la

conclusión, también tenía prisa por ir a casa.

Era ya anochecer..., había sido muy largo el espectáculo.

—¿Qué tal, Fabiana, qué tal?

—Muy bien..., dormido..., ronca como un bendito, ¿le oyen los señoritos?

Sí, le oían, pero aquel ronquido...

Le vieron: ahora no estaba el rostro encendido, sino pálido, las naricitas se le distendían a un compás respiratorio muy precipitado, en una disnea anhelante hasta las ropitas sobre el pecho, subían y bajaban en aquel trajín de respiración.

¡Sí, roncar!... de su garganta se escapaba un ruido multítono, gemidos múltiples... los tonos agudos de los bronquios; los sordos y silbantes del aire escapado en presión por las fosas nasales, por entre los labios reseco el tono bajo, rallante, de la tráquea...

Sonó el grito de Herminia sobre todos,

el grito desgarrante, inconfundible de la madre. ¡Dios mío, tened piedad!

Se llamó al médico a escape; cuando éste vino, nada más ver al niño, expresó en el rostro un gesto de susto...

—Está muy malo...— dijo escuetamente—no es posible... aquí ha habido un descuido; el proceso se había presentado inmejorable... esto es inexplicable... aquí ha habido un descuido...

Sí, le había habido. El médico, cuyo amor propio estaba interesado, consiguió arrancar la verdad al ama.

—Fué sólo un momento...

La despidieron de la casa en el acto, en arrebató furioso que tuvo que contener el médico.

Este luego reconstituyó el suceso: la larga estancia, sola en la alcoba del enfermito, aburrió a la moza que saldría a un balcón, o a charlar algún rato con alguien de la servidumbre... Entra mucho en su culpa la ignorancia del mal que podía

venir. Ella se entretendría más de lo pensado... El chiquito con la molestia de la fiebre, se destapó completamente... el sudor se paró... el cuerpo se enfrió... más de media hora estaría así; en el acto el brote se suspendió, el fuego se retiró adentro... se le fijó en los bronquios... aquello era bronconeumonía... como pudo ser meningitis... o una asfixia diftérica repentina... cosa muy seria... el sarampión mal brotado es terrible...

El médico al irse les dejó muy pocas esperanzas.

Don Teodoro, llamado urgentemente, llegó desolado: traía en la punta de la lengua la execración que todos allí merecían... pero le contuvo viéndoles, la lástima.

Los culpables... sí... tales se sentían ellos... su esposa lloraba; Arturo sentado a los pies de la cuna, con la cabeza cogida entre las manos, sufría mudo tormento; su hija, ¡oh, Herminia! de rodillas ante

la cuna, con el rostro desencajado, con los ojos extraviados en la locura de su amor maternal... los culpables... bien los castigaba Dios... Fabiana, que ya no estaba en casa, era la menos culpable...

—Nosotros, nosotros los únicos culpables—clamó don Teodoro—y la víctima este angelito moribundo, cuya vidita, entre todos, cobardemente hemos asesinado.

El abuelo prorrumpió en ese llanto raro, tan lúgubre; que lloran los viejos; inclinó la cabeza blanca sobre su nietecito y lloraba...

—Mi chiquitín... mi chiquitín...

Se agravaba más y más Teodorito. El médico le registraba unas temperaturas tan atrozmente elevadas, que, asustado, prevenía inmediatamente baños.

El cuerpecito del niño se había quedado en puros huesos; la piel mostraba acá y allá corros de granos de aquella erupción malograda; quemaba al tacto aquel pequeño sér; luego, al sacarle de la ba-

ñera así era como una cosa inerte; y se le depositaba en la cunita como podían haber hecho con su cadáver en una fosa.

El niño ya ni se quejaba; aquel ronquido multifónico de su laringe se había ensordecido... era ahora un débil conjunto de sonidos silbantes, pero muy tenues... la única manifestación de vida era ya aquella disnea menos vigorosa, pero más apremiante, de menor área en el campo respiratorio.

La madre en su suplicio maternal, casi sin comer y sin dormir aquellos días, despeinada y mal vestida, rondaba en torno de la cuna con paso vacilante, como una extravagante de la vida y de la razón, ebria de dolor.

Arturo, cerrado en doloroso mutismo, en la huraña soledad de su martirio, había tenido terribles pensamientos; horas de dolor maldiciente, en que abominaba de sus amigos, de su Club, de su vida entera. Cuando contemplaba a su hijito tenía

crisis de nervios, se puñeaba el pecho, y decía con voz ronca.

—¡Oh, malditas regatas!...

Don Teodoro no se apartó de la cuna; abandonó su fábrica, se olvidó de todos sus negocios; su única atracción era allí; estaba entonces su alma pendiente del hilo de vida que se iba a quebrar.

Un día, sobre todo, el médico se alarmó; aquel era el séptimo día de la gravedad, los septenarios son críticos en estas enfermedades pulmoníacas...

Le auscultó, y pese a su costumbre, retiró horrorizado los tubitos auriculares. ¡Qué ruidos múltiples resonaban en la caja de aquel pechito: ruidos broncos, como eco de truenos en cavernas; ruidos ululantes, como de manadas de lobos en noches invernales; estridentes y ásperos, como ráfagas de huracán rasgado en peñascos; silbidos agudos, como si allí dentro hubiese nidos de serpientes...

La mañana se la pasó el niño en una

postración mortal... había momentos en que parecía que no respiraba. Luego durante unas horas agitó las manecitas en vivísimo baile nervioso, tecleando los dedos sobre la sábana... después una mordida profunda... un sudor tan copioso que de él se exhalaba como una evaporación de la vida...

El abuelo se inclinaba sobre él, temiendo verle muerto de una vez a otra... así estuvo el niño largo rato, y justo al caer la tarde, el chiquitín abrió los ojos... pareció despertar de un sueño normal; chascó la lengua seca, miró al abuelo, y... sonrió débilmente.

Don Teodoro sintió el escalofrío de las emociones supremas, y, como vió moverse los labios del chiquitín, se inclinó. La vocecita muy tenue decía:

—*Lolo, aba.* (Abuelo, agua.)

Resonó la casa de gritos de alegría y de alabanzas a Dios.

¡Oh, los gritos de Herminia! Temieron

que se volviera loca, tuvo un paroxismo alarmante de nervios... y tuvieron que medicinarla con calmantes.

Son absurdas estas crisis repentinas, ilógicas, en los septenarios de enfermedades del aparato respiratorio.

El chiquito desde aquella hora, no era mejorar, era resucitar repentinamente. El médico reconociéndole por segunda vez unas horas más tarde, exclamó:

—Indudablemente... fuera de peligro.

El abuelo decía tales tonterías de contento, que se creería que se había vuelto loco.

Justamente aquella noche vino a la casa Fernández y su esposa. Angela abrazó a Herminia, llorando ambas de alegría; ahora Angela abrazaba a una de las suyas, a una *madre*, reconquistada por el dolor, a la vida fútil.

Traía el gerente, además, a la resolución de don Teodoro la contestación a una pregunta telegráfica hecha por el co-

responsal de Baleares: Habiéndose retirado vencido el competidor catalán, ¿qué nuevos precios daba al mercado?

Pero don Teodoro, con gran sorpresa de su gerente, exclamó:

—Resuelva usted, Fernández, ahora ¿sabe? no me interesa nada de eso; me interesa sólo que mi nietecito se ha salvado...

No salía de su asombro el gerente; ¿era posible tal milagro? ¿Luego su principal se había curado de la locura de los negocios, y había entrado en otra vida real que da a las cosas los valores justos?

—Si, Fernández,—insistió ante la cara de estupefacción de su subordinado—esta noticia que en otro tiempo me hubiera arrebatado el alma de alegría, hoy es una alegría la que me produce muy secundaria. Esta, esta otra alegría de mi chiquitín... no me hable usted en estos días de negocios...

—Si, papá, hablemos—intervino Arturo.

Tuvieron gran asombro: ¿Arturo interesándose en aquello... el *sportman*...?

—Sí... esta lección tan terrible me ha enseñado a abominar de mi vida vana... yo sabré ser hombre útil... quiero una vida seria, de amor, de familia, de trabajo, consagrada a los hijos, con la de este señor, que usted llama *gran* Fernández. .

Aquella misma noche presentó Arturo la dimisión de su cargo de Presidente del Sporting-Club.

En aquella familia había entrado una ráfaga de la vida real. Hasta la abuela perdió el gusto a las fiestas mundanas, a la vida disipada del gran mundo a causa de aquellas regatas...

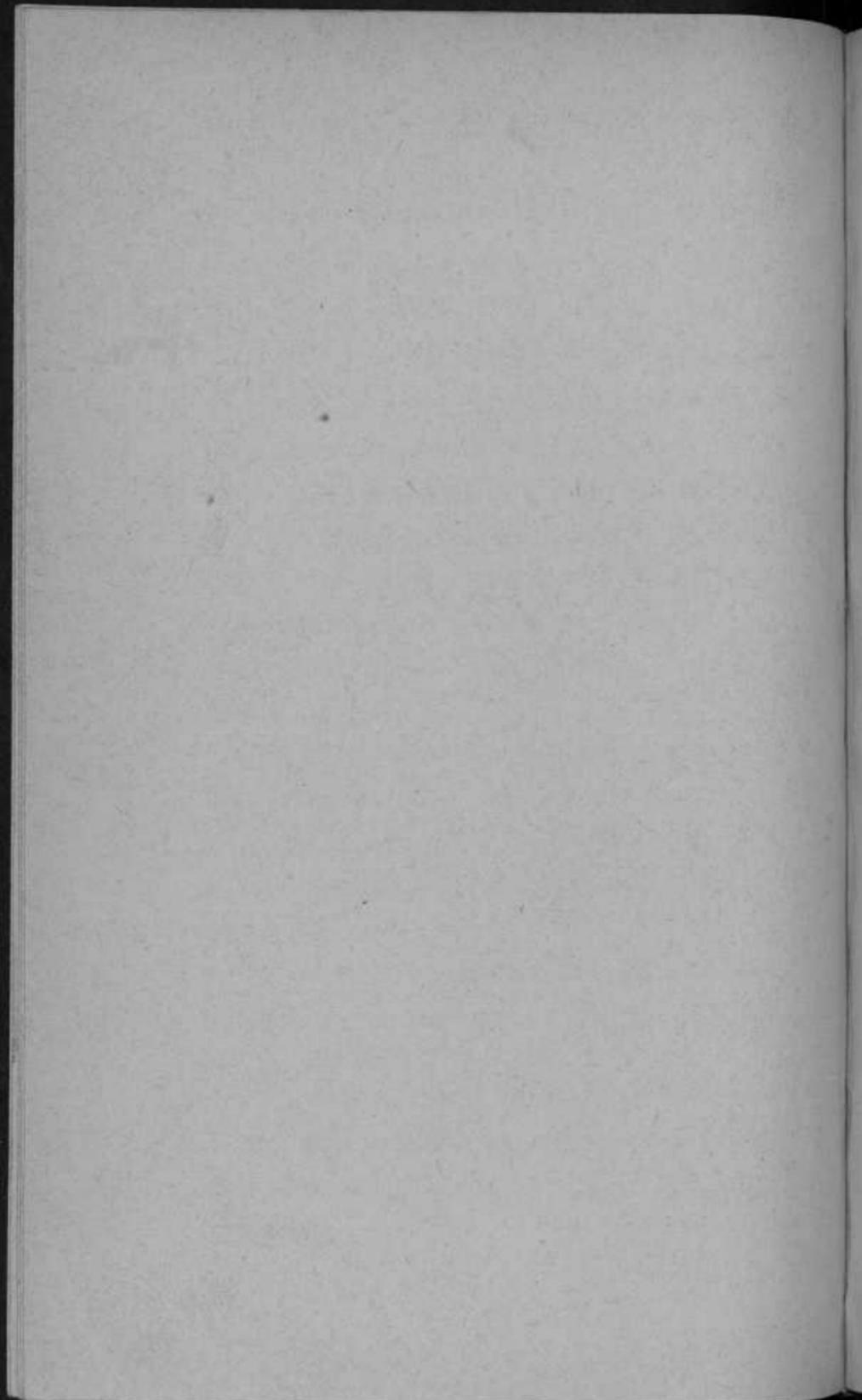
Teodorito, héroe de aquella hazaña salvadora, convaleció rápidamente, rodeado del cariño de todos.

Pronto volvió a corretear, con sus piernezuelas aún débiles, en carreritas perdidas y desequilibradas, de unas rodillas a otras.

Se había aficionado a un juego que hacía reír como bobo a su abuelo: se ponía a gatas, se arrastraba un poco por el suelo, y decía con voz *terrible*:

—*Lolo... yo ero uno coco .. tú tenibas medo... ¡huuú!*

FIN



No es preciso ser rico para formar parte del

“Patronato Social de Buenas Lecturas” en calidad

◇ ◇ ◇ ◇ de Socio Protector ◇ ◇ ◇ ◇

Vea Vd. las diversas combinaciones de propaganda

que se le ofrecen, y elija la que más le agrade

**Combinación núm. 1** Los que a esta combinación se suscriban recibirán cada mes una preciosa novela de *Biblioteca Patria* de obras premiadas. En ningún caso se enviarán libros cuyo valor sea inferior a 1'50 pesetas, y sí, en muchas ocasiones se les remitirán a los suscriptores novelas de más elevado precio. Esta combinación sólo cuesta 16 Ptas. cada año.

**Combinación núm. 2** Quienes la acepten recibirán: 1.º—Una novela mensual, cuyo importe será en muchos de los casos de 4 y 5 pesetas. 2.º—Una suscripción a la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* (es mensual y cuesta 15 Ptas. al año). 3.º—Diez suscripciones a los periódicos para el pueblo titulados *La Cultura Popular y Pan y Catecismo*. El precio anual de esta combinación es de 30 Ptas.

**Combinación núm. 3** Los que a ella se suscriban, recibirán 25 novelas de *Biblioteca Patria*, cuyo importe total no será menor de 60 Ptas., y en concepto de regalo podrán elegir 12 tomos de la *Biblioteca de Cultura Popular*. Sólo abonarán por anualidad la suma de 50 pesetas

**Combinación núm. 4** Es la más ventajosa de todas. Los señores que la prefieran recibirán 50 novelas de *Biblioteca Patria* y 25 obras de la *Biblioteca de Cultura Popular*. Esto si abonan las 100 Ptas. en 12 plazos mensuales de Ptas. 8,30 cada uno. En caso de que prefieran efectuar el pago de las referidas 100

pesetas al contado o en tres plazos mensuales de Ptas. 33'50 cada uno, obtendrán además el derecho a elegir 10 obras más de *Biblioteca Patria*, entre las seleccionadas que figuran en las siguientes páginas.

**Combinación núm. 5** Excelente obra social realizarán todos aquellos que acepten la creación de la Biblioteca de su nombre. Esta Biblioteca cuesta 500 pesetas, pero sólo abonarán los invitados a esta fundación la suma de 100 Ptas. De reunir el resto se cuidará el *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Todas las obras se entregan de una sola vez, al recibo del «Boletín de Aceptación»

### BOLETÍN DE ACEPTACIÓN

Remítase bajo sobre franqueado con sello de 25 cts. a la Sucursal-Almacén del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS (Palacio de BIBLIOTECA PATRIA).-CÓRDOBA

D. ....

de profesión .....

domiciliado en .....

provincia de .....

calle ..... n.º .....

acepta el DIPLOMA DE SOCIO PROTECTOR del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS, y con el fin de cooperar a esta obra de moralización de las costumbres por medio del buen libro y del buen periódico, autoriza al PATRONATO para que se le considere suscripto a la combinación número ....., cuyo importe abonará .....

..... (indíquese si al contado o a plazos, advirtiendo que sólo se conceden plazos para el pago de las combinaciones números 4 y 5).

FIRMA.

## Elija Vd. 12 ó 25 obras de regalo

según acepte la combinación núm. 3, de 50 Ptas. o la número 4, de Ptas. 100, abonable esta última en 12 plazos mensuales

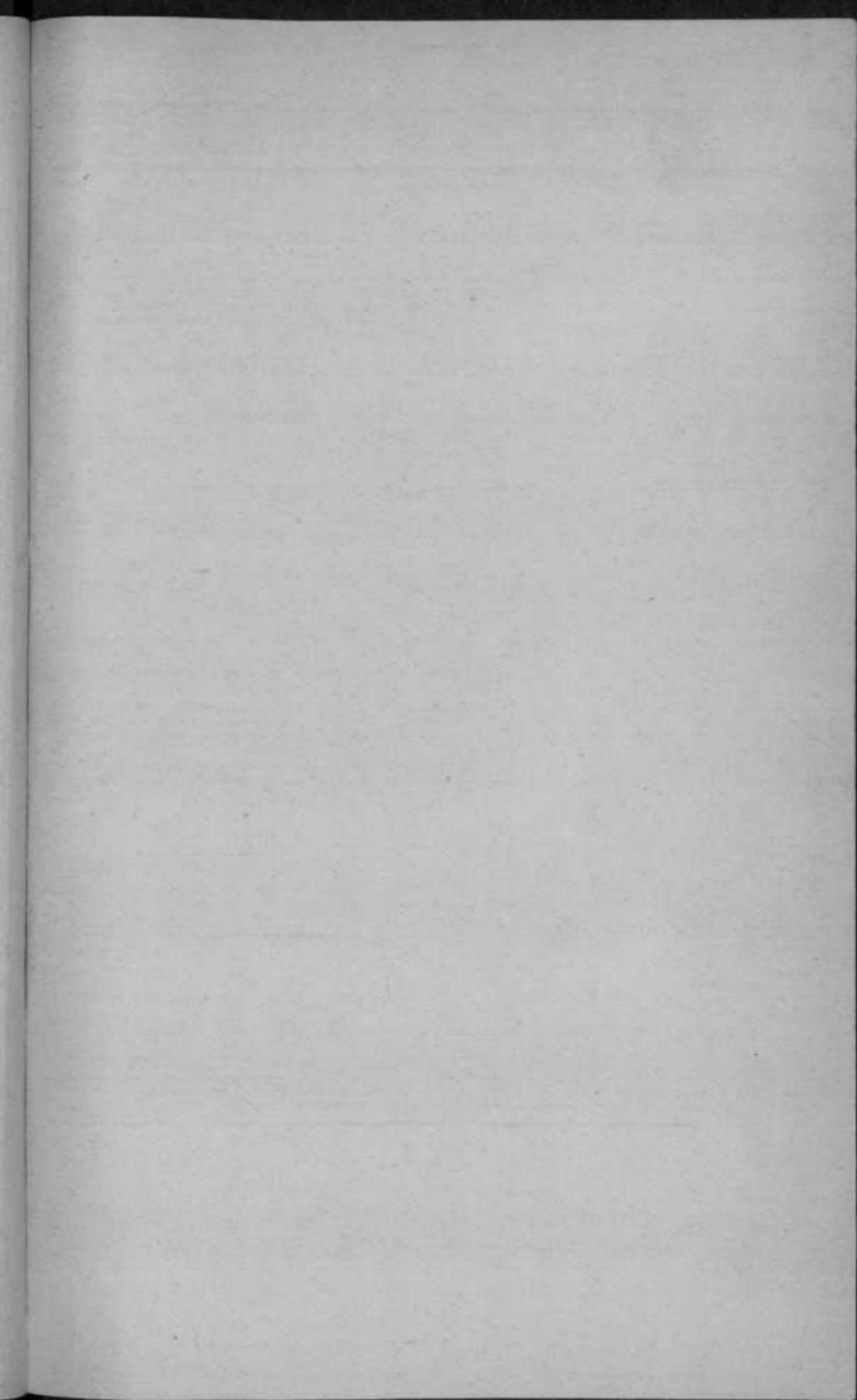
Señale con una X las 25 obras que más le agraden, entre las que a continuación se citan:

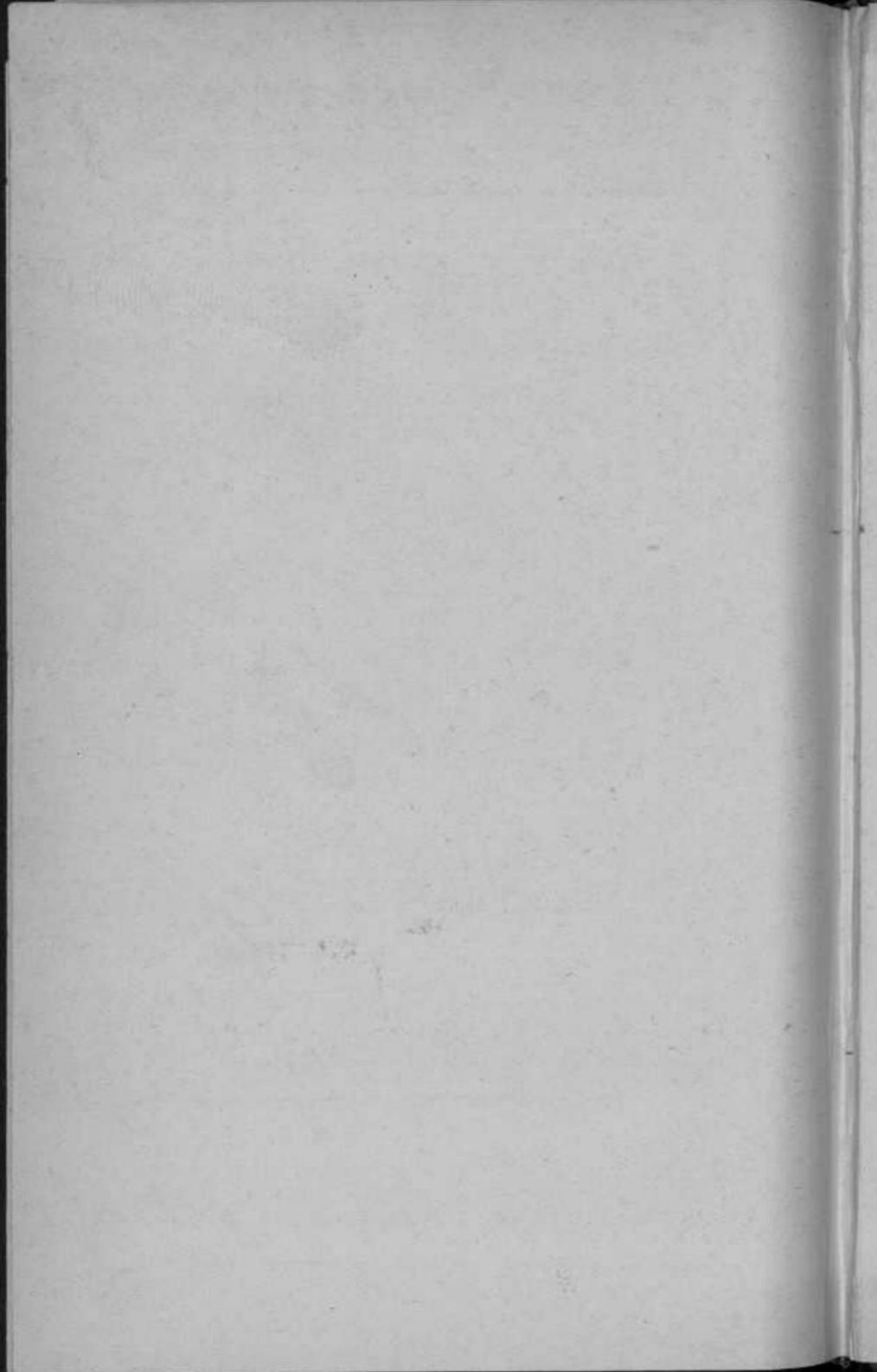
- 1 LA SAGRADA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESU-CRISTO, por Fr. Luis de Granada.
- 2 CUENTOS DE PATRIA, por varios autores.
- 3 LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luis de León
- 4 EL ALCALDE DE ZALAMEA, drama en verso, por Calderón de la Barca.
- 5 LA ESTRELLA DE SEVILLA, drama en verso, por Lope de Vega.
- 6 LA GITANILLA, novela por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 7 EL SÍ DE LAS NIÑAS, comedia en prosa por Leandro Fernández de Moratín.
- 12 AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES, por San Juan de la Cruz.
- 13 LEYENDAS PIADOSAS, por Fr. Lope de Vega Carpio.
- 14 DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, prosa y verso por Francisco de Quevedo y Villegas.
- 15 PABLO Y VIRGINIA, novela por J. Bernardino E. de Saint Pierre.
- 17 SELVA DE AVENTURAS, por Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad. Libros I, II, y III.
- 18 SELVA DE AVENTURAS, por Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad. Libros IV, V, VI y VII.
- 19 DEL REY ABAJO, NINGUNO, drama en verso por Francisco Rojas.
- 20 TRATADO DE LA UNIÓN Y CARIDAD FRATERNAL por el Venerable Padre Alonso Rodríguez.
- 22 EL CONDENADO POR DESCONFIADO, drama en verso por Fr. Gabriel Téllez (Tirso de Molina).
- 23 LA INCLINACIÓN ESPAÑOLA, novela por Alonso de Castillo Solórzano.
- 25 POEMA DEL SEGURO, por José Ignacio Suárez de Urbina.
- 31 CUARTILLAS DE ANTAÑO, por Luis Martínez Kleiser
- 33 LO GRANDE Y LO PEQUEÑO, por Lorenzo Lafuente Vanrell.
- 34 LA DESGANA DE VIVIR, por Serafín Puertas.
- 35 CUENTOS DE HOGAR, tomo I, por Augusto Martínez Olmedilla.
- 37 NARRACIONES CÁNTABRAS, por Evaristo Rodríguez de Bedía.
- 44 CISNEROS, CERVANTES, RIVAS (estudios históricos y literarios) por Narciso José de Liñán y Heredia.
- 45 AMIGO DE DIOS... colección de cuentos por Evaristo Rodríguez de Bedía.

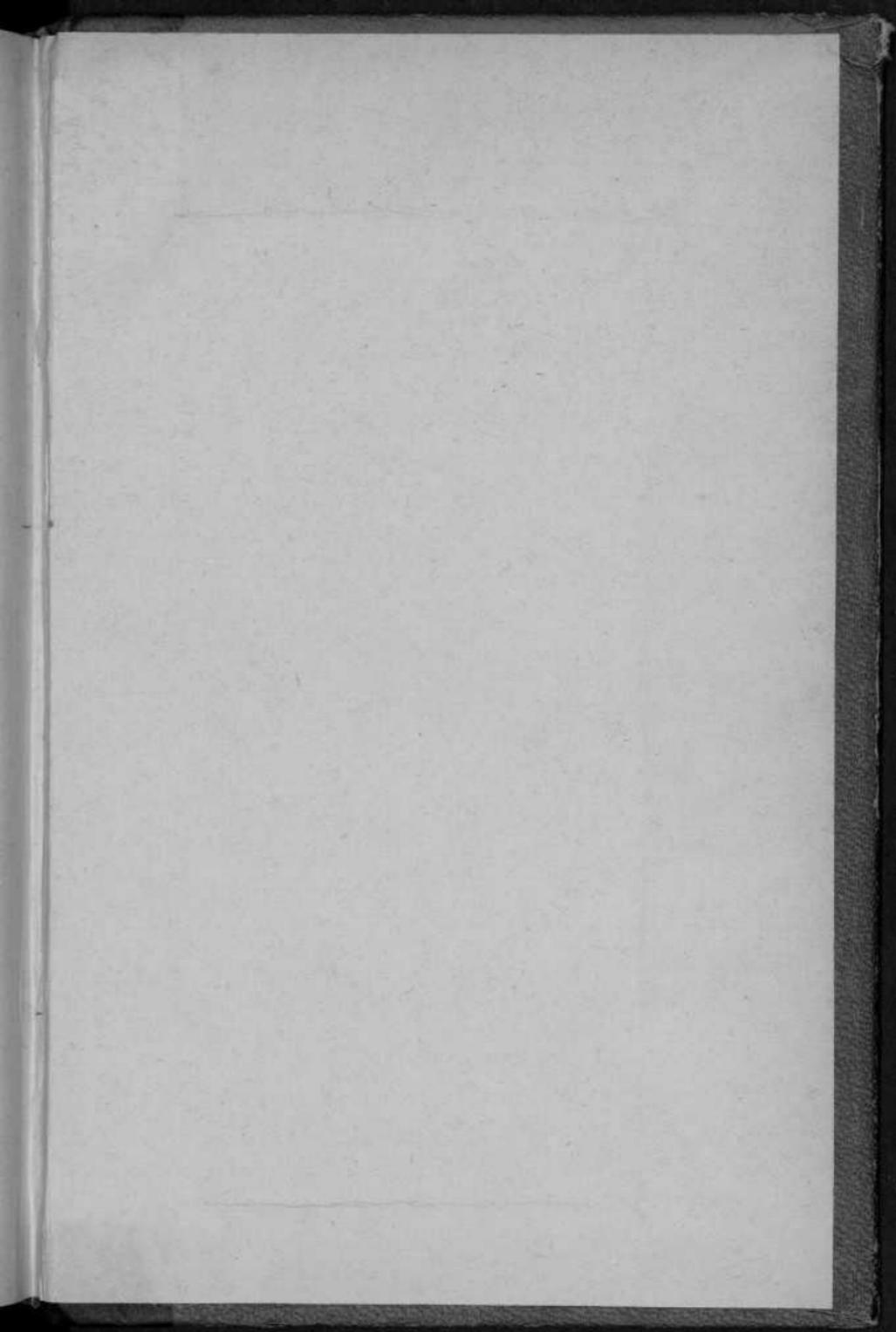
- 46 TIERRA QUE FLORECE... por Eladio Esparza.  
 47 HITORIETAS SALUDABLES, por Eduardo de Huidobro.  
 50 LA FUERZA DEL AMOR, novelas cortas por María de Zayas y Sotomayor.  
 51 LA MUERTE VENCIDA, páginas sociales por José Ignacio S. de Urbina.  
 52 LOS PECHOS PRIVILEGIADOS, comedia por Juan Ruiz de Alarcón.  
 53 SAN PEDRO Y SAN PABLO, Florilegio, por José de Liñán y Eguizábal.  
 54 IN VIA LUCIS, Breves anotaciones sobre motivos religiosos por Eladio Esparza.  
 55 EL LOCO PEREGRINO, drama por Leopoldo Aguilar de Mera.  
 56 LA EXALTACIÓN DE LA CRUZ, drama en verso por D. Pedro Calderón de la Barca.  
 60 LEYES DE LA ESPOSA, por Sor María de Ágreda.  
 61 REMEMBRANZAS DE UN OCHENTÓN, por Díñez y Shiehet Ustros.  
 62 RINCONETE Y CORTADILLO, por M. de Cervantes y Saavedra.

**IMPORTANTÍSIMO: Si usted suscribe la combinación número 4 ó 5 y efectúa el pago al contado o en tres plazos mensuales de Pts. 33'50 cada uno, tendrá derecho a elegir, además de todos los libros que se le ofrecen, diez tomos de BIBLIOTECA PATRIA entre los que a continuación se citan:**

- 2 LA TONTA, novela por R. de Solano y Polanco.  
 4 ALMAS DE ACERO, novela por J. Rogerio.  
 9 EL BUEN SENTIDO, novela por A. Pérez Nieva.  
 19 EL VAGON DE TESPIA, novela por M. López Roberts.  
 44 DEL OIDO A LA PLUMA, por Francisco Rodriguez Marin.  
 60 EL ALMA EN CAMINO, por José Maria Folch y Torres.  
 86 GONTRAN, QUE FUÉ A TIERRA SANTA, por Augusto Martinez Olmedilla.  
 87 EL ESPECTRO DE MARLEY, por Carlos Dickens.  
 115 LOS SUAVES MILAGROS, por Francisco villaespesa.  
 117 EL MOMENTO CRÍTICO, por A. de Hoyos y Vincent.  
 133 EL SOMBRERO DEL REY, por Diego San José.  
 187 DE MADRID AL CHACO, por José Ortega Munilla.  
 194 UNA LECCIÓN DE AMOR, por G. Diaz Caneja.  
 197 LO QUE CUENTA UN PUÑADO DE CENIZA, por J. Lasso de la Vega.  
 290 MIS MEJORES CUENTOS, por «Curro Vargas».  
 234 LA RESIGNADA, por J. Fernández y González.









SERAFIN PUERTAS

LA  
VIDA YANA  
LA  
BRIBONA

20592

PUBLIS